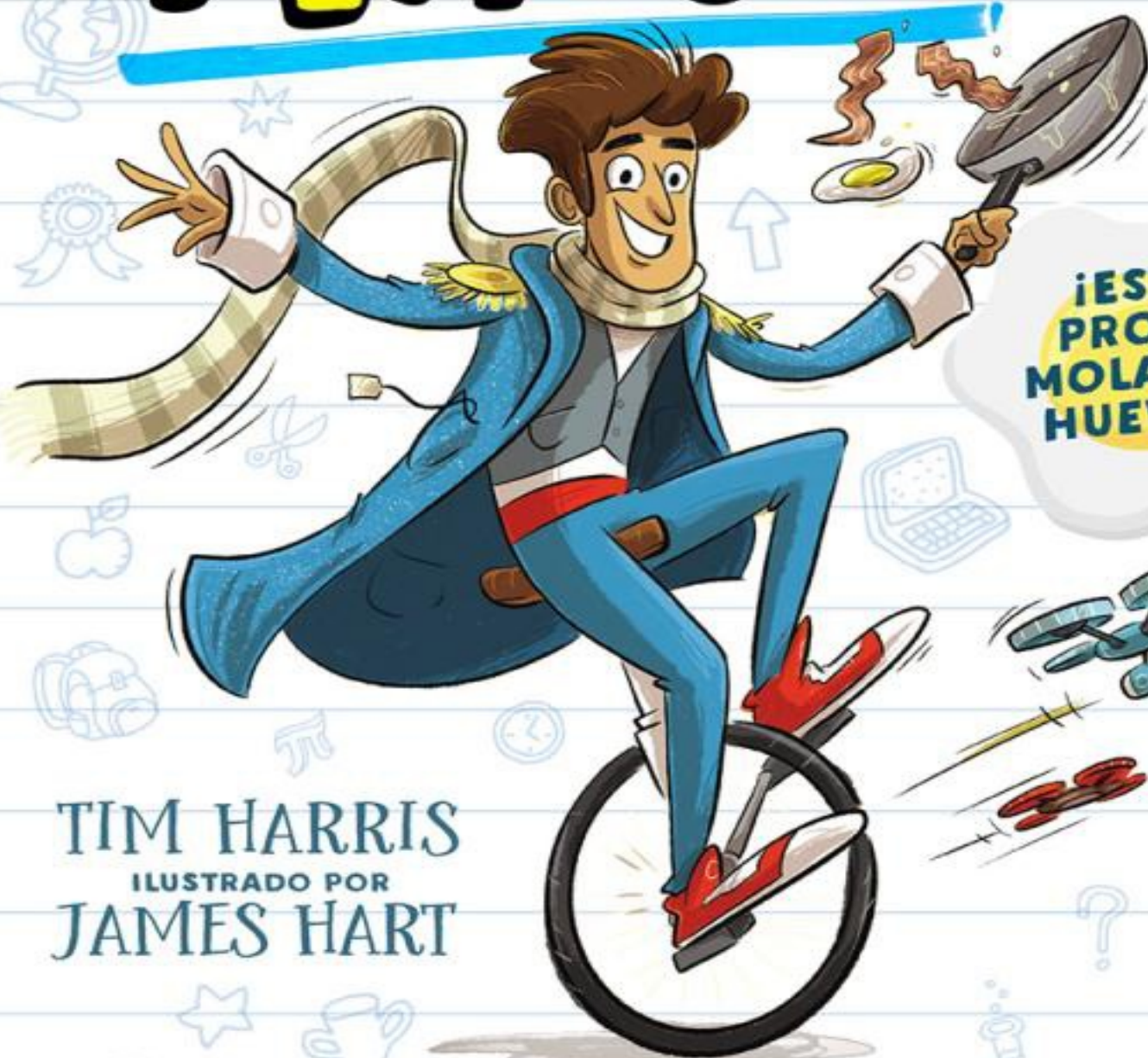


La SUPERClase del profesor FLÍPEZ



¡ESTE
PROFE
MOLA UN
HUEVO!

TIM HARRIS
ILUSTRADO POR
JAMES HART

MOLINO

La SuperClase del profesor Flípez

¡ESTE
PROFE
MOLA UN
HUEVO!



Tim Harris

ILUSTRACIONES DE

James Hart

TRADUCCIÓN DE

Mireia Rué Gòrriz

MOLINO

PARA HEIDI-JANE,
LA PERSONA MÁS EXTRAORDINARIA
QUE CONOZCO

LOS ALUMNOS DEL AULA 12B

PALOMA MODESTO



le gusta  las luces brillantes,
los espacios abiertos,
los abrazos

no soporta  que la asusten, los
sótanos, las lavadoras

CHARO ROJAS



le gusta  editar fotos, hacer
preguntas, su cinta
roja preferida

no soporta  demasiado queso
en la pizza

SAM CRUZ



le gusta  los deportes, bucear,
pasar notas en clase

no soporta  las erratas, el Gobierno,
meterse en problemas

VICTORIA DEL REAL



le gusta



la escuela, los amigos,
la música, el deporte,
las pegatinas

no
soporta



nada

HAROLD McHAGIL



le gusta



el críquet, los libros
de Tim Harris

no
soporta



los bailes escoceses,
las albóndigas
escocesas, que sus
padres lo avergüencen

RAÚL ATIZA



le gusta



romper cosas, aplastar
cosas, destruir cosas,
la comida gourmet

no
soporta



reparar cosas

MIMI ACERO



le gusta



ser más fuerte que
los demás, la ropa
deportiva

no
soporta



la verdura, las mates

DAVID AMADOR



le gusta
♥

Victoria del Real, las fotos
de Victoria del Real, pensar
en Victoria del Real

no
soporta
☠

lo que no tenga que ver
con Victoria del Real

REN RIVERA



le gusta
♥

espiar, hacer de
detective, vivir al lado
de Ana Blanco

no
soporta
☠

los profesores que
susurran en cornillos

ANA BLANCO



le gusta
♥

juguetea con su pelo,
las sorpresas, vivir al
lado de Ren Rivera

no
soporta
☠

tener deberes

ALBERTO AGUDO



le gusta
♥

la física aplicada, la
ingeniería química, los libros
de mates muy difíciles

no
soporta
☠

la pizza sin queso

CARLOS PANOCHA



le gusta
♡

vivir con su abu, dar de
comer a su paloma

no
soporta
☠

los anuncios de televisión
insufribles

MYRA KUMAR



le gusta
♡

internet, contar
chistes, ganar
dinero

no
soporta
☠

la gente aburrida

MAX BARÓN



le gusta
♡

los coches

no
soporta
☠

casi todo salvo los
coches

PEDRO ARMENTEROS (AUSENTE)



le gusta
♡

No estaba el día de la
encuesta.

no
soporta
☠

No estaba el día de la
encuesta.

PRIMERAS IMPRESIONES

El primer día del profesor Flípez en la Escuela del Valle Azul fue excepcional. En cuanto sonó el timbre, los quince alumnos de la clase 12B entraron en el aula y se encontraron con su nuevo profesor: estaba montado en un monociclo, haciendo equilibrios encima de su mesa mientras entonaba a voz en cuello unos versos sobre «días de gloria» y «formas de magia». Cuando todos se hubieron sentado en sus sitios, les dijo que se trataba de una extraña canción de bienvenida de origen mongol.

Sus alumnos lo miraban maravillados, encantados... y también un poco turbados. Ninguno de ellos tenía la menor duda de que sus clases iban a ser mucho más interesantes que las de la anterior profesora, la señorita Pardo, quien al parecer se había enamorado de un piloto de helicóptero con el que se había mudado a Suiza. De hecho, no tardarían en descubrir que el profesor Flípez era el tipo de profesor con el que todo alumno sueña: era joven, divertido, inteligente, guapo, sorprendente y misterioso en todos los sentidos posibles.

El profesor Flípez llevaba puesto un traje de un azul deslumbrante que brillaba casi tanto como sus pícaros ojos verdes. Una bufanda de lana le envolvía el cuello con mucho estilo; parecía tan suave que todos los estudiantes habrían querido tocarla. El nuevo profesor era un hombre de cabello oscuro y su tez de color caramelo sugería que pasaba mucho tiempo al aire libre..., aunque también cabía la posibilidad de que procediera de algún lejano país extranjero. Los estudiantes, sin embargo, no lograron adivinar cuál. Lo que sí supieron enseguida es que ese hombre les caía bien.

—Eh, profesor nuevo, ¿cómo te llamas? —preguntó Max Barón, un niño que andaba sobrado de seguridad en sí mismo, pero algo falto de modales.

Max se había ganado a pulso la reputación de problemático y no estaba nada dispuesto a perderla mostrando buenos sentimientos hacia un nuevo profesor.

El profesor Flípez se bajó de su mesa y aparcó el monociclo en un rincón del aula. Con un movimiento de muñecas, hizo aparecer un huevo y dos lonchas de beicon —como de la nada— y se puso a cocinarlo todo en una sartén que, al parecer, se calentaba sola. Los chisporroteos y estallidos resonaban en el aula.

—¿Es que no tienes nombre? —insistió Max.

—Buenos días, Max Barón. Encantado de conocerte —dijo el profesor Flípez. Su voz era

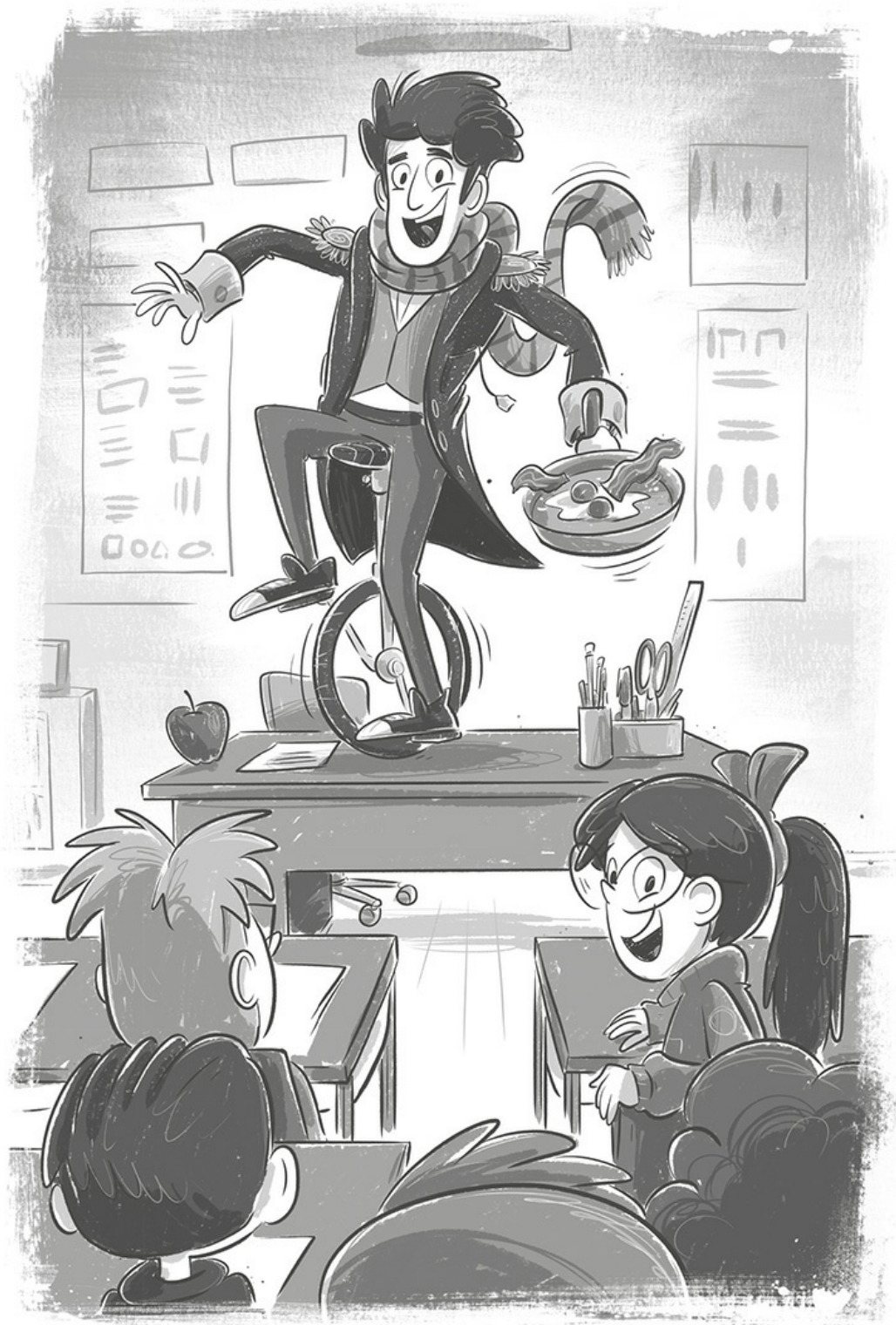
nítida y seguía el ritmo de las canciones pegadizas.

Max frunció el ceño y sus ojos se ensombrecieron: de pronto parecían tan negros como sus cabellos.

—¿Qué...? ¿Cómo sabes cómo me llamo?

—Excelente pregunta, Max. Estoy convencido de que nos llevaremos de maravilla.

—Seguro que no sabes cuál es mi segundo apellido.



Toda la clase se inclinó hacia delante, impaciente por oír la respuesta de su nuevo profesor.

El profesor Flípez dio la vuelta a una de las lonchas de beicon que chisporroteaba en la sartén.

—Mi querido Max, creo que tu segundo apellido es... Feo.

Max se encogió en el asiento, muerto de vergüenza: su secreto mejor guardado había dejado de serlo.

—Vaya, sí lo sabe.

—Yo lo sé todo —dijo el profesor Flípez.

Max apretó la mandíbula. No podía permitir que ese interesante nuevo profesor lo derrotara tan pronto en su juego favorito.

—Vale, pero ¿cómo se llama usted?

El profesor Flípez se acercó a una niña que se sentaba cerca de Max y le estrechó la mano.

—Estoy encantado de conocerte, Charo Rojas. Yo soy el profesor Flípez.

Charo sonrió. Y, de ese modo, el profesor Flípez respondió a la pregunta de Max sin responderla.

—Supongo que querréis saber algo sobre vuestro nuevo profesor, claro —prosiguió el profesor Flípez—. Podéis preguntarme lo que queráis, excepto pedirme que os enseñe el escarabajo indio que echa chispas y que siempre me acompaña.

Los quince alumnos levantaron la mano.

—Demasiadas preguntas para respetar los buenos modales —comentó el profesor Flípez—. Tendréis que chillar.

—¿De dónde ha sacado ese monociclo?

—De Lituania.

—¿Cómo ha aprendido a cantar tan bien?

—Mi primo es una estrella del rock en Islandia.

—¿Por qué lleva un traje azul?

—Es muy elegante, ¿no os parece?

—¿Puede darme un poco de beicon?

—Por supuesto.

—¿Puedo ver ese escarabajo indio que suelta chispas?

—No, es demasiado peligroso.

—¿Qué clase de nombre es Flípez?

—¿Qué clase de nombre es Max Barón Feo?

Los alumnos estaban alucinados. El profesor Flípez era, sin ningún tipo de duda, sin comparación posible y de largo, el profesor más interesante que habían tenido jamás.

Un ruido repentino echó a perder la agradable atmósfera que reinaba en el aula: alguien había llamado a la puerta. Era el señor Chinchón, el director de la escuela. Tenía el ceño fruncido, una expresión que los alumnos estaban más que acostumbrados a ver en él.

—Flípez, ya veo que ha encontrado usted el aula.

El profesor Flípez se volvió con elegancia y sonrió al señor Chinchón.

—Gracias, mi querido señor director, por su preocupación. La he encontrado, en efecto, aunque no esperaba que las aulas estuvieran numeradas así: 11, 12, 12B y 14.

El señor Chinchón se sonrojó y carraspeó.

—Bueno... Sí. No podemos dejar que la gente crea que esta aula trae mala suerte. Lo que ocurrió no fueron más que... accidentes.

—Por supuesto —repuso el profesor Flípez—. La verdad es que 12B suena muy bien.

El señor Chinchón se rascó la calva y, al ver el monociclo que había en un rincón del aula, frunció aún más el ceño.

—Bueno, Flípez, acabe las clases de hoy y luego hablamos de lo que tendrá que hacer mañana.

Dicho esto, se retorció el bigote y desapareció por la puerta.

—Antes era mucho más amable —comentó Alberto Agudo, un chico rubio y menudo que llevaba gafas y que era mucho más listo que la mayoría de los niños de su edad.

—Antes también tenía mucho más pelo —observó Max—. Se le empezó a caer cuando no consiguió el empleo en esa escuela tan grande de la ciudad.

—Siempre se pone de muy mal humor cuando se le escapa un puesto mejor —añadió Charo—. Papá dice que lleva años tratando de marcharse de esta escuela... Seguramente espera ganar más dinero en uno de los colegios más importantes de la ciudad.

—Pero todavía es el director —recordó el profesor Flípez—. Y, como tal, se merece un respeto.

—¿Un peto?! ¿Y por qué deberíamos darle un peto? —dijo Harold McHagil, un niño muy tímido que se sentaba en el fondo del aula.

—Ha dicho respeto —dijo Max.

—Ah —susurró Harold.

El profesor Flípez le guiñó el ojo a Harold y luego abrió el primer cajón del pupitre que tenía al frente del aula. Cogió una caja y la sacudió. Algo se agitó en el interior.

—Esa caja era de la señorita Pardo —observó Charo, mientras se ajustaba la cinta roja que recogía su larga cabellera negra.

—Eso es lo que he pensado —repuso el profesor Flípez mientras abría la caja—. Pegatinas y tampones. Siempre lo mismo.

Vació el contenido de la caja encima del pupitre. Cogió una hoja de pegatinas y, después de leer lo que había escrito en las primeras, hizo ademán de vomitar.

—¡Puaj! ¡Menudo rollo!

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso saber Victoria del Real, una niña rubia que había logrado más pegatinas que nadie en la Escuela del Valle Azul.

El profesor Flípez despegó una pegatina de la hoja y se acercó a la mesa de Victoria. Abrió la libreta de la niña y la pegó en una de las páginas.

—¿Qué dice?



—«¡Sigue así!» —respondió Victoria—, y hay un mono dibujado.

—Cuando me quejo de que esas pegatinas son un rollo —aclaró el profesor Flípez— es porque todos los profesores usan los mismos viejos métodos de refuerzo positivo y alabanza. La pegatina del mono y el mensaje «¡Sigue así!» solo son una forma bonita de no decir nada.

Max Barón se rio.

—Estoy de acuerdo. Las pegatinas y los tampones son una pérdida de tiempo.

—No necesariamente —observó el profesor Flípez—. Tal vez el problema es que no se usan de la forma adecuada. Enseñadme algunas de las pegatinas y los tampones que tenéis en vuestros cuadernos.

Los quince alumnos abrieron sus libretas y mostraron al profesor Flípez los tampones y las pegatinas que les había puesto la señorita Pardo. Tenían este aspecto:



—¿Todas esas pegatinas os han ayudado a mejorar vuestro rendimiento? —preguntó el profesor Flípez.

—No mucho —admitió Victoria del Real—, pero es agradable recibirlas. Además, la señorita Pardo nos las daba tanto si nuestro trabajo estaba bien como si no. Aunque debía de gustarle muchísimo lo que hacía yo, porque tengo millones.

—Tu sinceridad es tu punto fuerte —dijo el profesor Flípez—. Pero si queremos que las pegatinas sean algo más que un simple premio por haber terminado un trabajo, los mensajes y los comentarios tienen que ser más directos, más sinceros..., menos complacientes.

—Entonces ¿qué debería poner en las pegatinas? —preguntó Max.

—Decídmelo vosotros —repuso el profesor Flípez—. Tenéis veinte minutos para crear nuevas pegatinas. Vosotros escribid los comentarios y haced los dibujos; yo me encargo de buscar páginas web que hagan pegatinas personalizadas mientras acabo de comerme este delicioso desayuno.

Esto es lo que se le ocurrió a la clase:



—¡Nos lo pasaremos en grande! —exclamó el profesor Flípez—. Esta misma mañana, durante la pausa para el desayuno, mandaré imprimir estas fantásticas pegatinas.

Y así lo hizo.



Después del desayuno, el profesor Flípez pidió a sus alumnos que se sentasen en círculo.

—Ahora vamos a ser muy sinceros los unos con los otros —dijo.

—La sinceridad es un asco —soltó Max.

—Como el comentario que acabas de hacer —replicó el profesor Flípez.

Todos se rieron.

Max puso cara de sorpresa. No estaba acostumbrado a que los profesores fueran más avispados que él. Ese profesor Flípez era bueno y ahora él tendría que mejorar su estrategia.

—¿De qué vamos a hablar? —preguntó Paloma Modesto, una niña menuda a la que le encantaba morderse las uñas.

—La cuestión es —dijo el profesor Flípez—: ¿de qué no vamos a hablar?

Los quince alumnos se quedaron mirando a su nuevo profesor sin abrir la boca.

—Lo que quiero decir —prosiguió el profesor Flípez— es que en la escuela se tiene la mala costumbre de hablar siempre de lo típico. En lugar de eso, nosotros hablaremos aquí de cosas totalmente atípicas.

—¡Qué idea más buena! —exclamó Victoria del Real.

Paloma Modesto dejó de morderse las uñas y empezó a jugar muy nerviosa con el dobladillo de su falda gris.

El profesor Flípez se metió la mano en el bolsillo interior de su brillante americana azul y extrajo una pelota de goma.

—¿Y eso para qué es? —preguntó Mimi Acero, una chica muy deportiva que dominaba todos los juegos de balón.

El profesor Flípez lanzó la pelotilla al interruptor. Las luces se apagaron y las persianas de las ventanas se cerraron al instante: el aula 12B se quedó a oscuras.

—Nunca había visto estas persianas —observó Alberto Agudo, que había leído algo sobre persianas en los libros.

—Siempre hay una primera vez —repuso el profesor Flípez—. Cuando abrimos bien los ojos, descubrimos muchas más cosas.

La pelota de goma, que en la oscuridad despedía una luz naranja, rebotó de vuelta hacia el profesor. En lugar de atraparla con las manos, él se abrió la americana y la bola brillante desapareció en el interior de su bolsillo.

—Está muy oscuro —susurró Victoria.

—No veo nada —protestó Charo.

—Max —dijo el profesor Flípez—, por favor, deja las tijeras.

Algo metálico tintineó en la oscuridad.

—Pero... ¿cómo ha sabido que...?

—Yo lo sé todo.

—Tengo miedo —musitó una voz débil. Era Paloma Modesto.

—Lo sé, Paloma —repuso el profesor Flípez. Le hablaba con dulzura y cariño—. Esta lección es especialmente para ti.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Paloma con voz temblorosa.

—Nosotros nada —puntualizó el profesor Flípez—. Lo harás tú.

Hubo un momento de silencio.

—Paloma —dijo el profesor, con voz tierna—, por favor, cuéntanos tu historia.



La lavadora del demonio

LA HISTORIA DE PALOMA MODESTO



Estoy en lo alto de las escaleras, mirando el sótano. No quiero bajar ahí. Cada vez que lo hago, ocurre algo malo.

Oigo un chisporroteo, como si se hubiera producido una descarga eléctrica.

Por nada del mundo quiero bajar ahí. Estoy demasiado asustada. La señorita Pardo tenía toda la razón cuando me llamaba cobarde.

—Date prisa, Paloma, tenemos que irnos enseguida —me dice mamá.

Me pongo la cesta de la ropa sucia bajo el brazo y planto un pie en el primer escalón. El chisporroteo deja paso a un silencio escalofriante. Sabe que voy para allá. Me espera para atacarme de nuevo.

—¿Se puede saber qué haces ahí plantada? —suelta mamá. Golpetea el suelo con una de sus muletas—. Ya sabes que yo no puedo bajar... No con la pierna rota. Te necesito para hacer la colada.

—Lo sé, mamá... —consigo articular.

Llevo un montón de tardes lavando ropa para mamá. No he hecho otra cosa desde que nos mudamos a la nueva casa. No es que sea una casa nueva de verdad. Lo cierto es que es muy vieja. Y tiene un sótano.

—Me quedaré aquí para asegurarme de que todo va bien —dice mamá. Por el tono de su voz, sé que no se cree nada de lo que le he contado.

Bajo un par de escalones y me detengo a escuchar. No se oye nada. Ahí abajo reinan el silencio y la oscuridad.

—No pasará nada —me asegura mamá. Detecto cierta irritación en su voz.

Se oyen varios chispazos agudos que resuenan escaleras arriba. Doy un grito y casi dejo caer la cesta de la ropa.

—¿Has oído eso?!

Mamá niega con la cabeza y se aleja cojeando. No está de humor para juegos.

Pero esto no es ningún juego. Es la vida real. Es mi vida, y mi vida está en peligro.

Oigo un nuevo chispazo y contengo el aliento. Le gusta aterrorizarme para burlarse de mí. Le gusta asustarme para fastidiarme. La lavadora del demonio vuelve a la carga.

La semana pasada, cuando saqué del tambor al señor Achuchón, mi osito de peluche favorito, le faltaba la cabeza. Lo había decapitado. Sé que la lavadora le arrancó la cabeza a propósito.

Y la semana anterior, la lavadora había tratado de mordirme. Después de meter algo de ropa en el tambor, la tapa bajó con fuerza y estuvo a punto de pillarme el brazo.



Bajo unos cuantos escalones más. Excepto por la tenue luz que procede de lo alto de las escaleras, el sótano está oscuro como la boca de un lobo. Ya casi he llegado abajo; me detengo para escuchar de nuevo.

No se oyen chispazos.

Silencio absoluto.

Oscuridad.

Me apresuro a bajar el último escalón. Mis pasos resuenan en el oscuro hormigón del suelo del sótano.

Me parece oír una risa metálica, aunque tal vez solo sea fruto de mi imaginación inquieta. Vuelvo a oírla: podría ser la maléfica lavadora. Agarro con más fuerza la cesta de la colada.

Distingo una cuerdecilla que cuelga del techo, a pocos metros de mí. Cuando tiras de ella, se enciende la luz.

Me adelanto presurosa y agarro el cordel con una mano, pero algo me golpea. Grito y dejo caer la cesta. Tiro del interruptor y la luz parpadea: veo que la lavadora retrocede de un salto hacia su rincón.

¡Ha intentado atacarme!

Ahora está ahí quieta, con aire inocente, fingiendo que no ha ocurrido nada.

Recojo la cesta. Temblorosa, la llevo hacia un rincón del sótano.

En la parte superior de la lavadora hay dos lucecillas de color rojo encendidas. Parecen un par de ojos malignos que me abrasan el alma, como dos láseres.

Trato de no pensar en el golpe que me acaba de dar la máquina.

Trato de no pensar en lo que podría hacer a continuación.

Levanto a toda prisa la cubierta superior de la lavadora y empiezo a echar la ropa dentro, una prenda tras otra.

La lavadora la escupe fuera.

La arrojo dentro más deprisa.

La ropa sale volando a más velocidad.

Cojo una escoba y uso el cepillo para meter la colada.

La escoba se engancha con algo y se parte.

La lavadora escupe una descarga de astillas de madera.

Me pongo a chillar y subo las escaleras tan deprisa como puedo.



Mamá frunce el ceño mientras mete las rebanadas de pan en la tostadora.

—Me has decepcionado, Paloma —me reprocha—. Solo te pido un poquito de ayuda y tú no eres capaz de hacer una tarea de la casa de lo más sencilla.

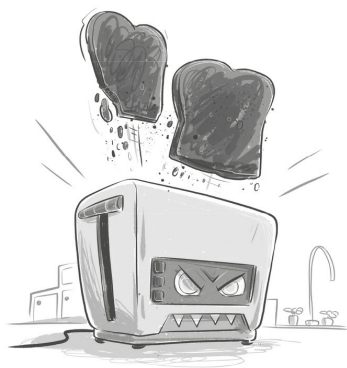
—Pero es que ha intentado atacarme —arguyo.

Mamá sacude la cabeza.

—Tonterías. Deberías dejar de ver tanta televisión. Te daña el cerebro.

—De verdad que ha tratado de atacarme —repito en voz baja, aunque sé que no servirá de nada seguir discutiendo. No me cree.

Una rebanada hecha chamusquina sale disparada de la tostadora, como de una caja sorpresa, y aterriza en el fregadero de la cocina.



—Otro electrodoméstico chungo —comenta mamá con sarcasmo. Creo que se mete conmigo por lo de la lavadora—. Esto me recuerda que deberíamos empezar a sustituir algunos de nuestros antiguos electrodomésticos —añade—. Solo he ahorrado suficiente para comprar uno nuevo.

Quiero decirle que debería empezar por la lavadora, pero no es el mejor momento. La he decepcionado: debería ser más valiente. Acaba de recibir un importante ascenso en el trabajo y necesita que la ayude con las tareas de la casa. Bastante le cuesta ya moverse arriba y abajo con una pierna rota.

—Enseguida me iré a trabajar, Paloma —me dice—. Vas a tener un auténtico problemón si, cuando regrese a casa, esa colada no está hecha.

—Vale —musito—. La haré.



La última prenda que queda en el fondo de la lavadora es mi vestido blanco, mi preferido. Meto el brazo, peso el vestido y lo dejo con cuidado encima del montón de ropa limpia. Tampoco ha sido tan terrible. Quizá me haya imaginado todo lo que ha ocurrido antes. Al fin y al cabo, quizá sea una lavadora normal y corriente.

He puesto tres cargas y, de momento, no ha pasado nada. La ropa está perfectamente limpia y huele a primavera. Mamá estará encantada conmigo. Tarareo una canción que he oído en la radio y alargo el brazo para cerrar la cubierta.

De repente, la tapa se desploma y me atrapa el brazo. ¡No eran imaginaciones mías! ¡La lavadora me la ha jugado!

Trato de sacar el brazo, pero la tapa me muerde con más fuerza. En el interior de la lavadora, algo se enrolla en mi muñeca y empieza a tirar de mí. La tapa se abre de repente y dentro veo una cuerda de plástico que me estrecha el brazo cada vez más fuerte. La lavadora empieza a llenarse de agua. Pretende arrastrarme dentro. ¡Quiere ahogarme!

Pido ayuda a gritos, pero no sirve de nada. En casa no hay nadie.

La cuerda sigue enroscándose alrededor de mi brazo y cada vez tira más de mí. Los pies ya casi no me llegan al suelo. Uso el otro brazo para tratar de liberarme.

El nivel del agua sigue subiendo. Borbotea con violencia dentro del tambor. El chapoteo es más fuerte cada segundo que pasa.

Forcejeo para zafarme de la cuerda. Tiro de ella con frenesí. La lavadora es demasiado potente.

Me fijo en la pastilla de jabón que hay al lado del lavadero, junto a la lavadora. Alargo tanto como puedo el brazo que tengo libre y consigo atraparla con los dedos. Acerco la pastilla al remolino de agua que sigue subiendo para que se humedezca y froto con ella la cuerda que me aprisiona el brazo. Gracias al jabón, mi piel está resbaladiza y logro liberarme.

Caigo de espaldas sobre el suelo del sótano, sin dejar de jadear. La lavadora suelta un gruñido, cierra de golpe la tapa y me fulmina con sus ojos luminosos de un colérico color rojo.

Oigo el timbre de la puerta de arriba.

El timbre.

Arriba.

Y echo a correr hacia allí.



Un vendedor vestido con un traje marrón espera en la puerta principal. Lleva un maletín negro.

—¿Puedo ayudarlo? —le pregunto, resoplando. Aún no he recuperado el aliento.

—Quizá sea yo quien pueda ayudarte a ti —dice.

Hay alguna cosa en su voz que no me gusta. Algo turbio.

Entorno la puerta, solo para indicarle que no estoy interesada en lo que pueda ofrecerme.

Señala la chapa que lleva sujeta en la camisa.

—Me llamo Chap. Represento a Electrodomésticos H. O. Ror. ¿Estás interesada en comprar algún aparato electrónico?

—No, gracias —respondo, y cierro la puerta.

Chap mete el pie para impedírmelo.

—Me parece que lo que voy a ofrecerte podría interesarte.

Niego con la cabeza.

Chap me mira directamente a los ojos. Los suyos me recuerdan a un par de láseres...

Bajo la guardia y, casi sin quererlo, respondo:

—En realidad, necesitamos una lavadora nueva.

—Eso ya me gusta más —dice Chap—. Toma.

Se saca una tarjeta del bolsillo y me la entrega.

La tarjeta comercial dice:



—Hasta muy pronto —saluda Chap mientras se da la vuelta para marcharse.
Me dedica una sonrisa desagradable que deja al descubierto sus dientes torcidos.
A través de la ventana, lo veo acercarse a la casa de al lado y espero que, por su bien, mis vecinos no estén ahí. No quiero volver a ver a ese hombre nunca más.
Tiro su tarjeta a la basura y me voy a mi habitación.



Mamá se queda impresionada al ver que he hecho tres lavadoras.
—Eres más valiente de lo que crees, Paloma —me dice con una sonrisa.
—¡Tienes que creerme! —le ruego—. ¡Te aseguro que necesitamos una lavadora nueva!
Mamá renquea con las muletas hasta las escaleras que conducen al sótano.
—Vamos, tráeme las tres coladas para que pueda ver el duro trabajo que has hecho.
—No lo entiendes —digo—. No puedo volver ahí abajo.
El buen humor de mamá se desvanece.
—¡Tonterías!
—Ha tratado de matarme —aseguro.
—Pero ¡qué estupideces dices! ¡Ve a buscar la ropa ahora mismo!
—Por favor —le suplico—, no me hagas bajar ahí. No puedo con esa lavadora.
—Y yo no puedo con tus juegucitos. Desde que me han ascendido, tengo que trabajar más horas. Lo único que te pido es que me ayudes un poquito en casa hasta que se me cure la pierna. Además, ya va siendo hora de que empieces a ganar un dinerillo.
Tengo la sensación de que se me hiela la cara.
—Lo siento, mamá. No puedo hacerlo.
Mi madre suelta un gruñido y se aleja cojeando con las muletas.



Estoy tendida en la cama, con la cara hundida en la almohada, llorando. ¡Qué mala hija soy! La señorita Pardo tenía toda la razón: soy una cobarde.

Mamá está en la cocina. La oigo trastear de aquí para allá, mientras lee los emails y vacía los cubos de la basura.

—¿Qué es esta tarjeta de visita? —pregunta—. Necesitamos algunos electrodomésticos nuevos.

Dejo de sollozar y me incorporo para escucharla mejor. ¿Ha encontrado la tarjeta de Chap? La oigo hablar: está al teléfono.

—Me gustaría que me la entregaran mañana, por favor —dice—. Necesitamos una nueva desesperadamente.

Siento un escalofrío al pensar en que Chap Chisp puede volver. Me gustaría tener el valor de decirle a mamá que cuelgue ahora mismo. En realidad, me gustaría tener valor, y punto.

—Mañana después de las clases estaría bien... Yo estaré trabajando, pero mi hija ya habrá llegado a casa. —Mamá baja la voz y yo aguzo el oído para oírla—. Paloma suele asustarse con facilidad. Si no le abre a usted la puerta, encontrará una copia de la llave debajo de una maceta. Entre con total libertad.

Mamá cuelga el teléfono y se acerca a mi habitación arrastrando los pies.

—Paloma —me dice desde el otro lado de la puerta—, si mañana por la noche no has subido esa ropa limpia y la has puesto en su sitio, tendrás un auténtico problemón. Hablo en serio: un auténtico problemón.

—Lo haré por ti —grazno—. Buenas noches, mamá.

Respiro hondo y trato de conciliar el sueño. Intento no pensar en el sótano y lo que me hará esa lavadora. Intento no pensar en que Chap Chisp entrará en nuestra casa cuando yo esté sola. Intento no pensar en nada de eso. Pero no lo consigo.



Vale. Tengo que hacerlo. Tengo que bajar al sótano a por la ropa limpia. Tengo que hacerle frente a esa lavadora del demonio.

Me quedo plantada en lo alto de la escalera durante una eternidad, mientras intento reunir el coraje suficiente para moverme. La entrada hacia el sótano me parece una gigantesca garganta negra que se me quiere tragar.

«Tendrás un auténtico problemón... Lo único que te pido es que me ayudes un poquito en

casa... Ya va siendo hora de que empieces a ganar un dinerillo». Las palabras de mamá resuenan en mi cabeza, recordándome lo que debo hacer.

Respiro hondo y planto un pie en el siguiente peldaño.

No ocurre nada.

Trato de calmarme y bajo otro escalón. Lo único que oigo es el bombeo de la sangre en el interior del tímpano. No es un ritmo que me reconforte: es el ritmo de un peligro inminente.

Aun así, no ha ocurrido nada.

Bajo veloz otros cinco o seis escalones y me detengo.

Se me para el corazón. Algo se ha movido a los pies de la escalera. Un objeto metálico araña el hormigón del suelo. Algo voluminoso pasa zumbando por encima de mi cabeza, acariciándome el pelo. Oigo un golpe seco en las escaleras, a mis espaldas.

Me vuelvo y suelto un grito. Es la lavadora. Está plantada entre la puerta y yo. Se balancea amenazante de un lado a otro, retándome a que trate de sortearla para obtener la libertad.

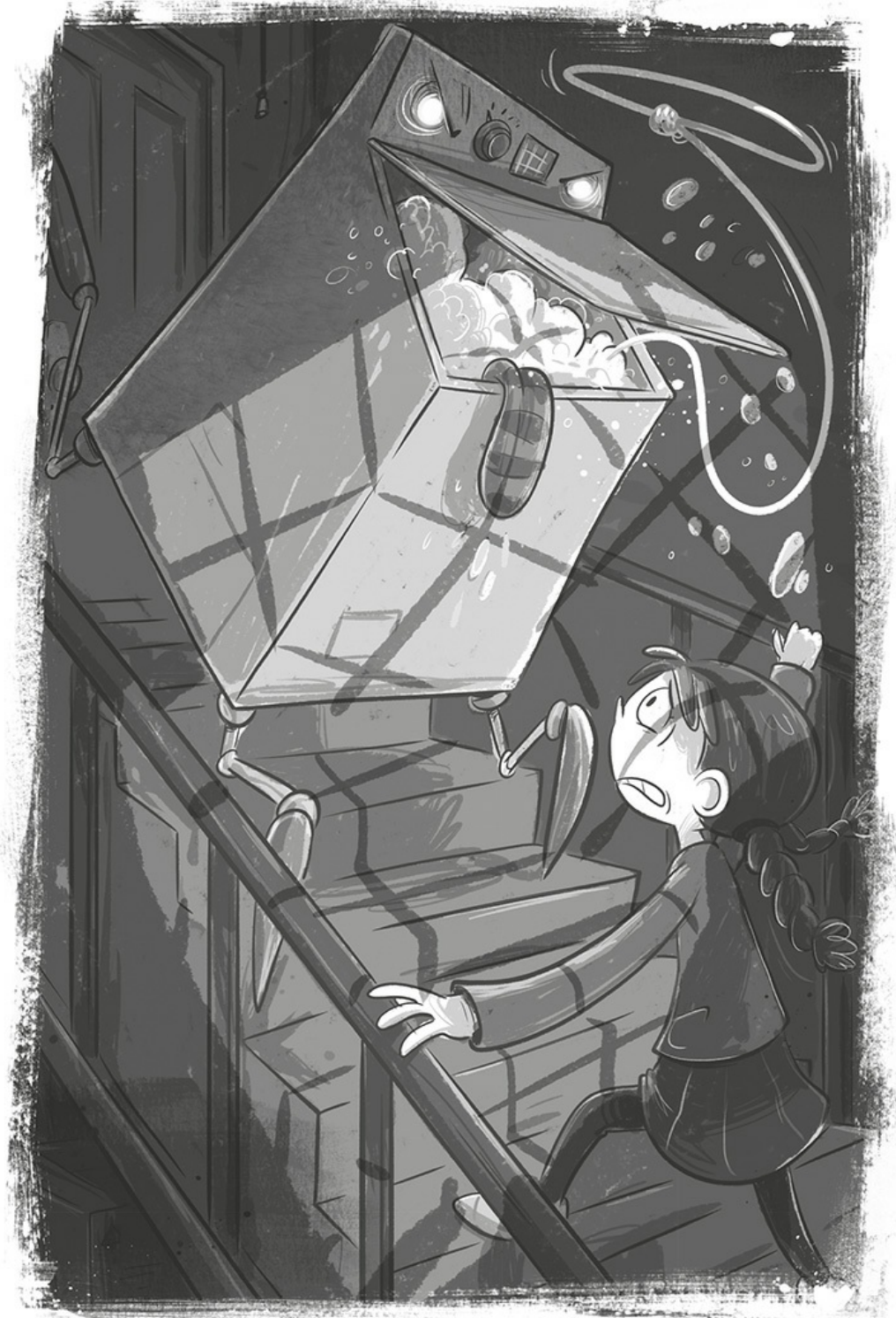
La misma cuerda de plástico que había tratado de ahogarme asoma serpenteante por debajo de la tapa medio abierta. Se agarra en el pomo de la puerta que hay en lo alto de las escaleras y la cierra. La cuerda pasa también el pestillo: ahora estoy atrapada en el sótano. Luego se lanza hacia mí y se desliza por mi rostro, como una lengua delgada y horripilante.

Los ojos rojos de la lavadora me miran fijamente sin titilar.

La máquina empieza a bajar poco a poco los escalones, mientras la cuerda de plástico me lame la cara y me obliga a retroceder.

Estoy atrapada. No puedo subir. Llego a los pies de la escalera.

La lavadora me fuerza a adentrarme más en el sótano. Me las arreglo para encontrar la cuerdecilla-interruptor y la bombilla cobra vida, parpadeante, en la oscuridad.



La lavadora me arrincona en el fondo del sótano. Me presiona contra la helada pared de hormigón. Me quiere aplastar.

Oigo el timbre de la puerta, arriba. Ha llegado la entrega que esperaba mamá.

La lavadora deja de apretujarme y se detiene a escuchar.

El timbre suena por segunda vez. Oigo gritar la voz de un hombre. No es la de Chap. Es una voz afable. ¡Estoy salvada!

Despego los labios para soltar un grito, pero, antes de que pueda pedir ayuda, la lengua de cuerda se me acerca más y me amordaza. De repente, me cuesta mucho más respirar.

Oigo el tintineo de una llave en la puerta principal y, a continuación, unos pasos. El repartidor ha entrado en casa.

Debo pedir ayuda. Intento gritar, pero la cuerda que me tapa la boca está demasiado tensa.

Descargo el pie contra el suelo.

—¿Hay alguien ahí? —grita la voz del hombre desde el otro lado de la puerta cerrada del sótano.

La lavadora es rápida: una segunda cuerda aparece por debajo de la tapa y, en un abrir y cerrar de ojos, me ata los pies y me impide levantarlos del suelo. Una tercera cuerda se enrolla alrededor de mis muñecas. No puedo mover un solo músculo.

—Deben de haber sido imaginaciones mías —dice el repartidor.

Sus pasos se encaminan hacia la cocina. Lo tengo justo encima de mi cabeza. Lo oigo llamar a alguien. Otros pasos entran en casa.

—Carga la vieja en la camioneta y trae aquí la nueva. La quiere en la cocina, desembalada.

Los pasos resuenan durante un par de minutos; la puerta se cierra; se han marchado. Arriba reina el silencio. La casa vuelve a estar vacía.

La lavadora abre la tapa de par en par y suelta una escalofriante carcajada metálica.

Las cuerdas que me tienen sujeta por brazos y pies me levantan del suelo. La lavadora hace girar el tambor a una velocidad vertiginosa, como si fuera una licuadora gigante. Las cuerdas tiran de mí hacia el interior, con la cabeza por delante. El agua empieza a subir desde el fondo. Quiere ahogarme y esta vez no tengo escapatoria.

Casi toda mi cabeza está ya dentro de la lavadora. Estoy tan cerca que puedo leer la etiqueta que tiene pegada en el borde interior. Reza:



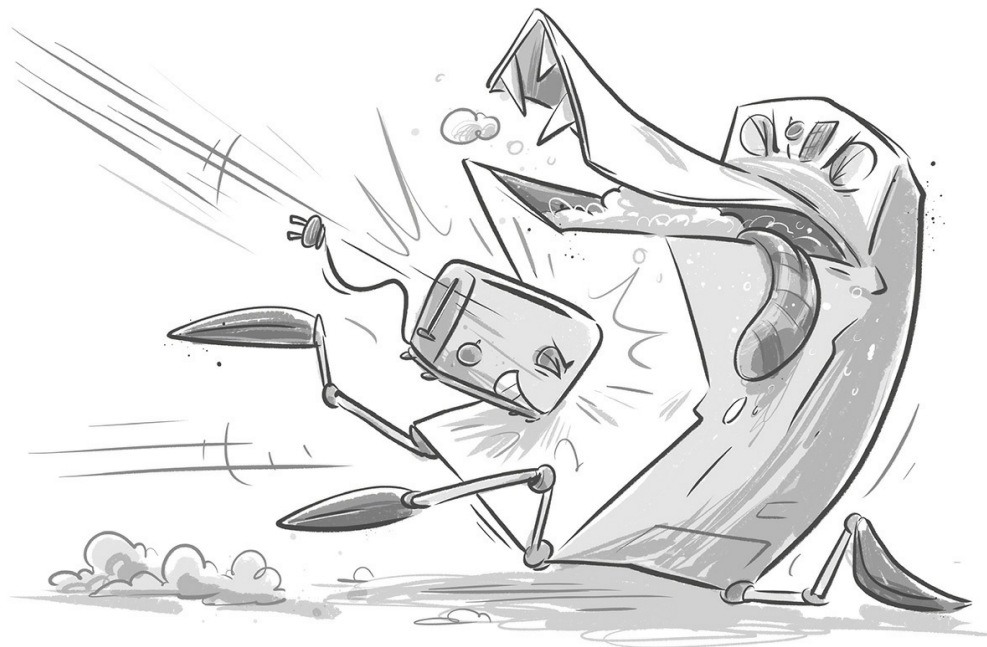
La lavadora tira aún más de mí. Las salpicaduras del agua espumosa me humedecen los cabellos.

¡Crac!

Algo echa abajo la puerta e irrumpe en el sótano como una bala de cañón. Baja a toda prisa los peldaños, corta las cuerdas y me libera: caigo hacia atrás y me desplomo en el suelo.

Unos destellos plateados surcan el aire. Algo pasa zumbando a la velocidad de la luz. Golpea la lavadora desde todas direcciones. La aporrea y la azota, la abolla y la machaca.

Es una tostadora.



La tostadora se detiene para admirar su trabajo y me guiña un luminoso ojo verde antes de asestarle el golpe de gracia a su contrincante. La lavadora suelta un montón de chispas y se desploma a un lado.

Ha muerto.



Mamá saca una crujiente rebanada de pan de la tostadora. La unta con mantequilla y contempla cómo la capa amarillenta se funde y desaparece en la miga dorada.

—No sé cómo te las has arreglado con esa vieja lavadora, Paloma, pero me ha quedado muy claro lo que querías decirme —admite.

—¿Cuándo nos entregarán la nueva? —pregunto.

—Esta tarde. ¿Te va bien?

—Sí.

Mamá se apoya en una de las muletas y me besa en la frente.

—Siento haber sido tan dura contigo, Paloma. Sé que, desde que me rompí la pierna, la vida se te ha complicado mucho, pero la semana que viene me quitan la escayola y todo volverá a la normalidad.

—Me alegro.

Se me hace la boca agua al ver la crujiente tostada de mamá.

—Lo más curioso de todo —digo— es que creía que habías pedido otro de esos electrodomésticos de H. O. ROR.

—No son nada buenos —se ríe mamá—. Nuestra última tostadora era de esa marca y lo chamuscaba todo.

—¡Qué bien! —suspiro aliviada—. Me encanta esta nueva marca.

Meto una rebanada de pan en la tostadora y deslizo la palanca hacia abajo. Paso el dedo por la etiqueta del lateral del electrodoméstico.



ELECTRODOMÉSTICOS

A. M. IGO

*Electrodomésticos
en los que confiar*

VALENTÍA Y SOPA

El profesor Flípez lanzó la pelota de goma naranja al interruptor y las luces volvieron a encenderse.

—Gracias por esta historia extraordinaria, Paloma.

—Vaaale... —dijo Max Barón.

Paloma dejó caer la mirada al suelo.

—Nadie me cree, ¿verdad?

El profesor Flípez se quedó pensativo mientras la pelota desaparecía de nuevo en el bolsillo de su americana.

—Lo único que no me creo es lo afortunados que somos de tener en nuestra clase a alguien tan valiente como tú.

Paloma levantó la mirada hacia su profesor.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿En serio?

—En serio.

Los ojos verdes del profesor Flípez brillaban con intensidad, animando a Paloma a que lo creyera.

—¿No cree que soy rara?

—No tanto como ese tipo, Chap Chisp. Los trajes marrones pasaron de moda en 1984.

Paloma sonrió. A pesar de su complexión menuda, su sonrisa llenó el aula.

—La verdad —dijo el profesor Flípez— es que nunca había conocido a una niña tan valiente como tú. La forma en que te enfrentaste a la lavadora fue heroica. Casi todo el mundo habría huido corriendo ante un peligro así. Pero tú..., tú te atreviste a bajar esas escaleras con toda la valentía del mundo.

—Eres más valiente que yo —dijo Victoria.

—Eres como una heroína —añadió Carlos Panocha, un niño que tenía los cabellos de un color naranja intenso.

El profesor Flípez se acercó a su mesa y cogió una hoja llena de pegatinas.



—Tengo algo perfecto para ti, Paloma. Te mereces esta pegatina.

La risita tímida de Paloma resonó en el aire. No se reía desde que David Amador estrelló por accidente el coche de la señorita Pardo el Día del Auto Limpio.

—¿Cómo es posible que las pegatinas ya estén listas? —preguntó Max—. ¡Si las ha encargado esta misma mañana, en la pausa del desayuno!

—Es que tengo contactos —dijo—. No cabe duda de que las heroicidades de Paloma se merecen la primera pegatina.

—¡Buen trabajo, Paloma! —exclamó Victoria, apartando la mirada de la pegatina.

El profesor Flípez echó un vistazo a su reloj.

—Bien. Hablando de héroes, ya casi es hora de comer.

—¿Qué tienen que ver los héroes con el almuerzo? —quiso saber Max.

El profesor sonrió y se sacó un bol de sopa caliente de uno de los muchos bolsillos interiores de la chaqueta.

—¿Se guarda usted la sopa en el bolsillo? —preguntó Max.

—Es un pequeño truco que aprendí en el norte de Kazajistán.

—¿Y es algo heroico?

—Para nada. Pero creo que hoy, a la hora del almuerzo, alguien tendrá la oportunidad de convertirse en un héroe: tengo entendido que Carol Cantina se encarga de la tienda de chuches.

Carlos se estremeció.

—¿Sabe quién es Carol Cantina?

—Yo lo sé todo —respondió el profesor Flípez.

—Está chalada —soltó Max—. Es la mujer más terrorífica del planeta.

El comentario de Max desató un montón de opiniones. El profesor Flípez sorbía la sopa mientras la charla se animaba. Al parecer, no había reparado en que el señor Chinchón los espiaba con el ceño fruncido desde detrás de una de las ventanas del aula, mientras escribía con frenesí en un pequeño cuaderno de notas.

—Carol Cantina siempre grita.

—Es la persona más maleducada que conozco.

—Vi cómo le echaba la bronca a uno de los padres voluntarios que no le había pedido algo



«por favor».

—Sí, se pone como loca cuando te olvidas de decir «por favor».

—Tiene verrugas en los dedos de los pies.

—Solo acepta el cambio exacto.

—Se ve que practicaba lucha libre.

—A mí me da miedo ir a la cafetería por su culpa.

Sonó el timbre y los estudiantes se levantaron para marcharse.

—Antes de que os vayáis a comer, quiero preguntaros algo —dijo el profesor Flípez y lanzó al aire una moneda de dos dólares—. ¿Quién quiere ser un héroe? ¿Quién quiere comprar algo en la cafetería hoy?

Los alumnos trataron de evitar todo contacto visual con su profesor. Paloma Modesto empezó a levantar la mano, pero, cuando la tuvo a la altura del pecho, se lo pensó dos veces.

—¿Nadie? —dijo el profesor Flípez, con una sonrisa pícara—. Bueno, pues supongo que tendré que conocer a Carol Cantina por mi cuenta.

Conversaciones con Carol Cantina





CAROL CANTINA

¿Qué quiere?

Vale. ¿Qué quiere?

No me importa quién sea. Límitese a pedir algo.

Algo saludable.

Eso no es saludable.

No pienso darle chocolate.



PROFESOR FLÍPEZ

Hola, Carol. Es un placer conocerla.

He venido para presentarme.

¿Qué me recomienda, encantadora Carol?

Tomaré una chocolatina.

En las antiguas tribus amazónicas el chocolate tenía usos medicinales.

Creo que acabo de pedírselo.

No es saludable y no ha dicho «por favor».

¡No es verdad!

Pero ¿qué dice? ¿Quién es usted?

No me importa.

Es usted raro.

No era esa mi intención.

No me haga perder el tiempo. ¿Qué quiere?

Si así se marcha, de acuerdo.

¿Con o sin leche?

Diga «por favor».

He dicho «favor».

Tomaré la chocolatina, ya que me la ha recomendado.

Creo que le encantaría el Amazonas.

Soy el profesor Flípez y soy nuevo.

Qué agradable.

Qué piropo tan encantador.

Es usted una caja de sorpresas, Carol.

Me apetecería una chocolatina.

Esa es la actitud.

Con leche.

Pavor.

Calor.

¡Diga «por favor»!

Vale.

¡Aj! Pida como es debido o se arrepentirá.

¿Podría darme una chocolatina? Tengo dos dólares.

¡Por favor!

Qué educada es usted, Carol.

Esto no tiene sentido. ¿Qué quiere?

Una chocolatina.

Una chocolatina, ¡por favor!

Aquí tiene. Son dos dólares, gracias.

¿Qué es esto?

La chocolatina que me ha pedido con tanta amabilidad.

¿Por qué estaba en su bolsillo? ¡Y yo no se la he pedido!

Sí. Ha dicho: «Una chocolatina, ¡por favor!».

Lo retiro: no la quiero.

Yo no lo haría. La ha pedido.

¡Soy yo la que sirvo aquí!

Tiene usted razón, encantadora Carol. Póngame una chocolatina.

Una chocolatina, ¡POR FAVOR!

¡NO, EN ABSOLUTO!

Diga de una vez lo que quiere y déjeme en paz. Bastante tengo ya con los alumnos.

¡POR FAVOR!

¡Me rindo!

¡No lo aguanto más! Tome, ¡llévese la caja de chokolatinas y váyase ya!

¡Me ha echado a perder el día! ¡Déjeme tranquila!

¡Lárguese ya de aquí!

Entonces es verdad, hermosa Carol. Usted quería pedir una chokolatina.

No para de pedirla.

¿Podría tomar una chokolatina?

Muy bien.

No se rinda: la perseverancia es algo maravilloso.

Qué generosa es usted. Gracias.

Ha sido un placer conocerla, Carol.

Creo que quería usted decir: «¡Lárguese ya de aquí, por favor!».

CHOCOLATE Y LLUVIA DE IDEAS

Después de la hora de comer, el profesor Flípez entró en el aula con paso alegre.

Los alumnos se quedaron en silencio enseguida, impacientes por descubrir lo que les tenía preparado su nuevo profesor. Y, sin duda alguna, no se llevaron una decepción.

—¡Chocolatinas para todo el mundo! ¡Cortesía de Carol Cantina!

—¡Increíble! —dijo Charo.

—¡Alucinante! —exclamó Alberto.

—¡Esto no hay quien se lo trague! —bromeó Victoria.

El profesor Flípez se rio y dijo:

—Debería darme una pegatina a mí mismo.

Se tomó un momento para pegársela en su chaqueta azul. Y se tomó otro para estudiar a sus alumnos. Algo había cambiado ya en la clase 12B, como si cierta curiosidad hubiera sustituido la actitud rancia que había percibido por la mañana.

Los alumnos no notaron la leve sonrisa que iluminó de forma fugaz el rostro de su profesor.

—¿Qué haremos esta tarde? —preguntó Charo.

El profesor Flípez se metió la mano en uno de los bolsillos de su traje azul y de él sacó un teléfono móvil.

—Jugaremos con estos maravillosos aparatos mientras damos buena cuenta de las chocolatinas.

Quince pares de ojos se iluminaron.

—Vamos —dijo el profesor Flípez—, sacad el teléfono móvil de la mochila, el cajón del escritorio, el bolsillo, el agujero de la oreja o el escondite donde lo tengáis guardado. Es hora de jugar en nombre de la investigación.

Los alumnos se dispersaron por la clase y regresaron a toda prisa a sus sitios, armados con sus teléfonos móviles.





—Vamos a investigar las aplicaciones del móvil —explicó el profesor Flípez mientras repartía las chokolatinas—. Quiero que busquéis aplicaciones, juguéis con ellas e ideéis otras que todavía no existan.

—¡Qué guay! —exclamó Carlos, con una sonrisa casi tan brillante como su pelo naranja.

El ruido de los envoltorios de las chokolatinas llenaba el aula mientras los alumnos se disponían a buscar información en sus móviles. Cuando todos estuvieron bien concentrados, el profesor Flípez se coló en el almacén que había en el fondo de la clase y cerró la puerta.

Los alumnos, ajenos a la ausencia de su profesor, emplearon su creatividad más que nunca y se pasaron casi una hora entera desarrollando sus ideas para nuevas aplicaciones. Solo interrumpieron su trabajo cuando el señor Chinchón irrumpió en el aula.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —farfulló—. ¿Por qué estáis todos con el móvil? ¿Dónde está vuestro profesor? ¡Exijo una explicación!

El profesor Flípez abrió de repente la puerta del almacén y se encaminó con aire despreocupado hacia la entrada.

—Los alumnos fabricaban puro oro creativo, querido señor director.

—¿Por qué no estaba usted aquí, supervisando a sus estudiantes? —gruñó el señor Chinchón.

—Es una estrategia educativa muy notable que aprendí en el sur de Asia.

—Menuda estupidez —soltó el director—. Quiero que se presente en mi despacho después de que suene el timbre. ¡Hoy sus alumnos no han aprendido nada!

—¡Eso no es cierto! —protestó Paloma Modesto. Hasta entonces, nunca se había atrevido a dirigirse al señor Chinchón, pero ese estaba siendo el mejor día de su vida—. Hemos aprendido muchísimo. ¿Por qué no escucha algunas de nuestras ideas para nuevas aplicaciones?

Pero el señor Chinchón ya se había marchado.

—Debe de haber perdido otro trabajo —supuso Max—. ¡Qué mal humor!

—Recordad: se merece un respeto —dijo el profesor Flípez, y se ajustó bien la bufanda de lana.

—Eso, un peto —dijo Harold.

El profesor Flípez animó a sus alumnos a que compartieran con los demás sus ideas para aplicaciones, y todos lo hicieron.

Esto es lo que se les ocurrió.



APP: ¡LO ÚLTIMO!

NOMBRE DE LA APP	FUNCIÓN DE LA APP
NoMásDeberes  Creadora: Ana Blanco	¡La aplicación que hace todos los deberes por ti! Características: • Imita tu caligrafía. • Resuelve problemas matemáticos. • Detecta a profesores sospechosos. • Genera faltas de ortografía para equiparar el texto a las faltas habituales. • Prepara chocolate a la taza. Nota: Si no tienes perro, esta aplicación se te comerá los deberes en circunstancias extremas.
TuConsejeroAmoroso  Creador: David Amador	¡La aplicación te ayuda a encontrar y mantener a tu lado a ~~Victoria del Real~~ la chica o el chico de tus sueños! Características actualizadas: • Localiza y rastrea a tu amor (sistema de navegación satélite). • Escribe un diario (con diez diseños románticos a elegir). • Calcula las compatibilidades. • Recomienda perfumes. • Da consejos para citas. • Simula una primera cita. • Te advierte cuando la relación corre el riesgo de romperse. • Te ayuda a recuperarte (selección de canciones para sanar el corazón).

**NOMBRE
DE LA APP**

FUNCIÓN DE LA APP

ObjetivoAbusón



Creador:
Alberto Agudo

ObjetivoAbusón permite al usuario localizar al abusón y hacer un seguimiento de él.

Características:

- Aviso de posible tirón de calzoncillos.
- Localizador de baños frecuentados por abusones.
- Rastreador de abusones (navegación por vía satélite).
- Alarma de urgencia (notificación a los profes vía SMS).
- Generador de réplicas (respuestas rápidas y descaradas para vacilar).
- Maniobra de distracción (manda videos de gatitos al teléfono del abusón. ¡Nuevos videos semanales!).

Ram-Ram



Creador:
Raúl Atiza

¡Busca las mejores ofertas de las cafeterías del barrio!

Características para chuparse los dedos:

- ¡Consigue invitaciones!: introduce un presupuesto y disfruta de una invitación diaria.
- Sé el primero en saberlo: descubre las especialidades del día de la cafetería antes de ir a clase.
- Sugerencias para comer: ¿no sabes qué te apetece? ¡Petición automática sin tomar una decisión!
- Optimiza el presupuesto: ¡disfruta de un festín por solo un poquitín!
- Tapeo de escuelas: ¡prueba la comida de las escuelas vecinas!
- Sugerencias de caramelos de menta para el aliento.

**NOMBRE
DE LA APP****FUNCIÓN DE LA APP**

LectorEmocional



Creador:
Sam Cruz

¿Os cuesta identificar las emociones de vuestros profesores? Ya no tenéis nada que temer. Esta aplicación os permitirá interpretar el estado de ánimo de vuestro profesor.

Incluye:

- Lector de la rojez de los ojos como indicador de los niveles de sueño del profesor.
- Simulador de café.
- Calificación del 1-10 basada en número de sonrisas.
- Calificación del 1-10 basada en número de ceños fruncidos.
- Calificación del 1-10 basada en número de gritos y chillidos.
- Calificación total.
- Risa fingida: crear una risotada como respuesta a los chistes malos de los profesores.

Sumafácil



Creadora:
Mimi Acero

La aplicación que resuelve cualquier problema matemático en tu lugar.

Características:

- Modo holgazán: pregunta, copia, repite.
- Modo superholgazán: pregunta, copia, repite, pide una pizza.
- Modo ultraholgazán: duerme, despierta, presenta el trabajo completado automáticamente.
- Colega de examen: escanea y resuelve problemas.
- Ayuda para tablas de multiplicar: da la respuesta por ti (simulador de voz incluido).

**NOMBRE
DE LA APP**

FUNCIÓN DE LA APP

SéPopular



Creadora:
Victoria del Real

¡La increíble nueva aplicación que te hará parecer muy popular! ¡Impresiona a tu familia y a tus amigos con miles de alertas diferentes al día!

Extras geniales:

- Alertas de mensajes de texto falsos (¡hasta tres por minuto!).
- Llamadas falsas (¡incluye docenas de tonos de llamada aleatorios!).
- Activación aleatoria de la luz de la pantalla (para simular alertas).
- «Likes» de las redes sociales garantizados.
- Filtros de cámara para situarte en localizaciones exóticas.

MiExcusas



Creador:
Pedro Armenteros

Elige entre miles de excusas para la escuela. Bájatela ahora: ¡sin excusas!

Características:

- Docenas de categorías (incluidas las populares excusas para tirarte pedos, librarte de deberes, exámenes, evaluaciones y tareas de casa).
- Soporte para ser original: evita repetir las mismas excusas con ciertos profesores.
- Excusa del día.
- Evalúa las excusas de los demás.
- Premios para las mejores excusas.

**NOMBRE
DE LA APP**

FUNCIÓN DE LA APP

AppDepena



Creador:
Harold McHagil

La mejor aplicación que te bajarás jamás. No pierdas tiempo ni dinero con aplicaciones inútiles. Deja que AppDepena te localice las malas aplicaciones.

Características:

- Borra automáticamente las aplicaciones que no usas.
- Busca los virus.
- Descargas ideales: descarga automáticamente las aplicaciones más de moda.
- Bloquea las descargas chungas.

Fórrate



Creadora:
Myra Kumar

Utiliza tus capacidades en la hora de patio y gana dinero con esta enriquecedora aplicación. Incluye:

- Buscador del cliente (encuentra a los niños cargados de dinero que tienen ganas de pagar por cosas).
- Servicio de deberes (deja que te paguen por hacer los deberes de los demás).
- Servicio de comida (compra comida en la cafetería y revéndela para ganarte un dinerillo extra).
- Guardaespaldas (protege a los demás y embólsate dinero por tus músculos).
- Átame (diez céntimos por cada cordón atado: funciona de maravilla con los alumnos de los primeros cursos).
- Chapucillas para los profesores (gana dinero lavando el coche de tus profesores).

**NOMBRE
DE LA APP**

FUNCIÓN DE LA APP

Baño10



Creadora:
Charo Rojas

¡Encuentra el mejor baño!

Características:

- Indicador de la calidad del aire.
- Baño impecable (encuentra un baño en el que aún no haya hecho caca nadie).
- Encuentra el baño más cercano (para contar con más tiempo para comer).
- Encuentra el baño más lejano (para perder tiempo de clase).
- Encuentra la cola para el baño ideal (la más corta al principio del recreo y la más larga, al final).
- Encuentra baños provistos de jabón.
- Evalúa baños y vota por el mejor de la escuela.

ReparteTarea



Creadora:
Paloma Modesto

¿Quién ha dicho que las tareas de casa tienen que ser aburridas? ReparteTarea te permite intercambiar tareas con otros niños. ¡Haz lo que se te da bien y diviértete ganando dinero!

- Crea un perfil para dejar claras tus habilidades.
- Busca a usuarios a quienes se les dé bien hacer las tareas que menos soportas.
- Negocia e intercambia habilidades por dinero.
- Contrata ayuda para las tareas más odiosas.
- Evalúa la fiabilidad de los electrodomésticos de la casa (incluidas las lavadoras).

**NOMBRE
DE LA APP**

FUNCIÓN DE LA APP

MascotaALaVista



Creador:
Carlos Panocha

¿Te gustan los animales? ¿Te gustaría tener todas las mascotas que puedas?

MascotaALaVista te conecta con la fauna salvaje de la región en la que vives.

Descárgatela ahora y crea tu propia colección de fieras privada.

Incluye:

- Consejos para crear señuelos para pájaros (crea grandes pajareros en tu garaje).
- Idioma de las lagartijas (aprende a hablar con fluidez la lengua de las lagartijas y descubre lo que les encanta comer).
- Adopta una hormiga.
- Adopta una colonia de hormigas.
- Localizador de canguros.
- Localizador de comadrejas.
- Localizador de ornitorrincos.
- Localizador de demonios de Tasmania.
- Localizador de lobos marsupiales (incluida máquina del tiempo).
- Repelente para gatos.
- Compañero de habitación (aprende a mantener un ecosistema salvaje en tu misma habitación... ¡sin que te pillen!).

**NOMBRE
DE LA APP**

FUNCIÓN DE LA APP

OjoAvizor



Creadora:
Ren Rivera

Esta app te permite usar el teléfono móvil como dispositivo espía de última generación. Descubre los secretos que te ocultan tus amigos y tu familia. ¡Conviértete en un espía INFALIBLE!

Características especiales:

- Grabación de vídeo.
- Grabación de audio.
- Capacidad ilimitada para almacenar información.
- Seguimiento GPS.
- Protección de la palabra clave (contra otros espías).
- 25% de descuento en gafas de sol oscuras en Spies 'R' US.

PadresDeAlquiler



Creador:
Max Barón

¿Tus padres te avergüenzan? ¿Estás harto de las insufribles bromas de tu padre? ¿De las marcas de pintalabios que te deja tu madre en la mejilla? PadresDeAlquiler encuentra padres adecuados, divertidos, maduros y guais para que te acompañen a eventos públicos.

Características especiales:

- Buscador de caracteres compatibles.
- Lista de deseos (busca los padres soñados).
- Ranking y clasificación de padres.
- Encuentra padres famosos.
- Recompensas para los usuarios top.
- Desvío de los avisos de los actos escolares (envía los avisos escolares a los padres de alquiler).
- Privacidad garantizada (tus padres auténticos NUNCA se enterarán!).

¡VISTO Y NO VISTO!

Después de leer todas las ideas para nuevas aplicaciones con la misma atención con que uno leería el manual de instrucciones de una nave espacial, el profesor Flípez apiló con esmero los cuadernos y alzó la mirada hacia sus alumnos.

—Impresionante.

Toda la clase, sin embargo, seguía desconcertada: ¿cómo no se habían percatado de la ausencia de su profesor durante tanto rato?

—¿Por qué nos ha dejado solos? —preguntó Charo Rojas, mientras se recogía la larga cabellera negra con su cinta roja preferida—. La verdad es que no me extraña que el señor Chinchón se haya enfadado. Un profesor nunca debería abandonar a sus alumnos.

—Necesitabais trabajar solos. A veces, las mejores lecciones las aprendemos por nuestra cuenta.

—¿Quería usted enseñarnos a ser independientes? —quiso saber Paloma Modesto.

—En efecto, eso es lo que esperaba.

—Pero ¿por qué se ha metido en el almacén? —preguntó Max, molesto por no haberse dado cuenta de la desaparición de su profesor, pero también muy impresionado—. Podría haberse quedado aquí con nosotros, y observarnos mientras éramos independientes.

—La verdad —confesó el profesor Flípez— es que estaba preparando algo para celebrar nuestro primer día juntos.

De repente, todos los alumnos del aula 12B se enderezaron, como si un olor delicioso flotara en el aire procedente de la parte trasera del aula.

—Cerrad los ojos y contad hacia atrás empezando desde uno —dijo el profesor Flípez.

—Uno..., cero.

Después de la cuenta atrás más corta que habían hecho nunca, los alumnos abrieron los ojos y se encontraron con la imagen más mágica que habían visto jamás. En cada uno de los pupitres había un vaso de cristal de llamativos colores lleno hasta el borde de un líquido rojo y humeante.

—Os he preparado un té rojo del Himalaya —dijo el profesor con una sonrisa.

—¿Cómo ha podido repartir los vasos tan deprisa? —preguntó Paloma—. ¿Lo ha ayudado ese escarabajo indio que suelta chispas?

—Por Dios, ¡no! —exclamó el profesor Flípez—. El escarabajo es demasiado peligroso como

para utilizarlo para algo así.

—Este té huele de maravilla —suspiró Victoria.

—Tú sí que eres una maravilla —repuso David Amador, sin quitarle ojo de encima. Le chiflaban sus cabellos rubios y sus ojos azules.

—Disfrutad del té —dijo el profesor Flípez.

Los alumnos levantaron los vasos y tomaron un sorbo. No habían probado nunca nada igual; aun así, aquel sabor les recordaba a algo que les resultaba familiar. Tal vez un fuego en pleno invierno. O un día soleado de otoño.

Mientras sus alumnos saboreaban el té del Himalaya, el profesor Flípez dio un par de palmaditas al montón de cuadernos.

—Bueno, ya sabéis lo que pienso de vuestras brillantes ideas. Decidme: ¿qué pensáis vosotros?

—La mía ha sido la mejor —respondió Max, pasándose la mano por sus cabellos negros—. PadresDeAlquiler: una app que te permite contratar a padres para acudir a actos sociales. Es, con diferencia, la más creativa. Es una solución genial para evitar que nuestros padres nos avergüencen delante de nuestros amigos.

Max Barón había aprendido desde pequeño que lo más importante en la vida era tener éxito. Su padre le había inculcado que había que ser siempre un ganador, y el modo que Max tenía de estar a la altura de sus expectativas era alardear.

—Estoy de acuerdo: es una idea muy innovadora —dijo el profesor Flípez.

—En realidad —intervino Harold McHagil, que solamente hablaba cuando tenía algo importante que decir—, esa app ya existe. Max la ha copiado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Max, con una mueca de desdén.

—Porque ya la he usado.

El profesor Flípez, que era de los que nunca dejaban escapar una oportunidad, hizo señas a sus alumnos para que se acercaran a Harold. Acababa de percibir que en la cabeza del muchacho se estaba cocinando algo: una historia.

—Es un relato extraño —prosiguió Harold—, así que será mejor que os agarréis bien a vuestros vasos.

—¿Tiene algo que ver con la cena del cincuenta aniversario de la escuela? —preguntó Mimi.

—Esa noche fue una locura —recordó Max.

—Esa cena forma parte de la historia —dijo Harold—, pero empezaré desde el principio.



Padres de alquiler

LA HISTORIA DE HAROLD McHAGIL



En la vida de todo niño siempre llega el día en el que hay que cuestionarse muy en serio el comportamiento de los padres. No es que yo no quiera a los míos. Los quiero mucho. El problema es que casi siempre me avergüenzan. Me lo hacen pasar tan mal que he tenido que tomar decisiones drásticas.

El mes pasado, el Club de Fútbol del Valle Azul organizó un concurso de preguntas y respuestas con el objetivo de recaudar fondos para la construcción de una valla que rodee el campo. Como mis padres son unos forofos del fútbol, me obligaron a ir con ellos.

—Quizá algún día juegues al fútbol en un equipo de Australia —dijo papá con su marcado acento escocés.

Al salir del coche, se ajustó la falda a cuadros, pero se olvidó de subirse bien los calcetines y vi todas sus piernas cubiertas de pelos rojos.

—O, lo que aún sería mejor —añadió mamá con un acento tan marcado como el de papá—, quizá juegues en algún equipo de Escocia.

—¿Cuántas veces os lo tengo que decir? —solté—. Soy australiano. Además, no me gusta nada jugar al fútbol. Solo quiero jugar al críquet.

—Ten más respeto, Harold —replicó mamá, arrastrando las erres—. Puede que hayas nacido en Australia, pero nunca debes olvidar el valioso legado de tus antepasados escoceses.

—Lo sé, lo sé. Ya lo pillo, mamá.

Al llegar a la puerta del salón de actos, mi madre me detuvo.

—Deja que te prepare para que impresiones a las jóvenes jugadoras de fútbol que hayan venido.

—¡No, mamá, por favor! —Sabía muy bien lo que quería decir.

Se llevó la mano a la boca.

¡Ptu!

Mi madre escupió en su mano derecha. Su palma desapareció bajo un pegote viscoso formado por saliva. Luego me pasó la mano por el pelo. El salivazo actuó como una especie natural de gomina viscosa y creó una raya en el centro de mi cabeza: el tajo del escupitajo.

—Y no te olvides de tu flor de la buena suerte.

Mamá me metió un enorme cardo escocés en el bolsillo de la camisa.

—Estoy ridículo, mamá.

—Eres mi atractivo escocés de las Tierras Altas.

Entramos en el salón de actos (temprano, como siempre) y ocupamos nuestros asientos. Papá había comprado las entradas un minuto después de que salieran a la venta y organizó una mesa de tres. Estábamos muy cerca del escenario del salón.



—Esta es la recompensa por ser puntal —dijo papá—. Harold, si hay un consejo que vale la pena que te dé, es que seas siempre puntual.

Mamá volvió a escupir en la palma de su mano y me arregló el pelo. Me lo pringó con esmero, sin olvidarse ni un solo mechón. Las mejillas me ardían de vergüenza.

Mi padre se sentó y empezó a mirar con una sonrisa a los miembros de la comunidad a medida que entraban en la sala.

Un micrófono cobró vida.

—Bienvenidos a la noche del concurso de preguntas y respuestas para la recaudación de fondos del Club de Fútbol del Valle Azul —anunció el señor Stout, el entrenador del equipo en el que mi padre me obligaba a jugar.

Papá se puso en pie y empezó a aplaudir como si no hubiera un mañana.

—¡Esto es la repanocha!

Mi madre se levantó y se unió a él, batiendo las palmas con energía:

—¡Y que lo digas! ¡La repanocha!

—Pero si ni siquiera ha empezado... —repliqué—. Por favor, sentaos.

El señor Stout cogió un montoncito de tarjetas y leyó la primera pregunta.

—¿Cuál es la capital de Nueva Zelanda?

—Auckland —susurró papá.

—No es esa —repuse yo—. Lo estudiamos con la señorita Pardo en la escuela. Es Wellington.

—Buen chico, Harold —musitó papá, estrujándome la mejilla. Se levantó y le gritó al señor Stout—: ¡Es Wellington!

—Correcto. Un punto para la mesa McHagil.

—¡La repanocha! —entonaron mis padres al unísono.

Mamá se agachó y me plantó un beso en la mejilla. Noté que su pintalabios se me pegaba a la piel y se endurecía como la arcilla seca.

El señor Stout leyó unas cuantas preguntas más y, a continuación, anunció:

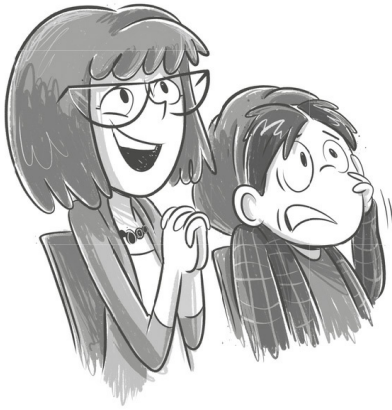
—Miembros del Club de Fútbol del Valle Azul: como sabéis, estamos aquí por una buena causa. La valla que queremos levantar alrededor del campo le añadirá mucho carácter a nuestras instalaciones. Y, hablando de carácter, necesito a un voluntario que esté dispuesto a ganar puntos extra para su mesa.

—¡Aquí, aquí! —gritó mi padre.

—Señor McHagil, acérquese —dijo el señor Stout.

—¡La repanocha! —exclamó mi madre.

—Su desafío —explicó el señor Stout cuando papá se reunió con él en el escenario— es que nos ofrezca su mejor baile. Le daré un máximo de cinco puntos.



Papá le arrebató el micrófono y dijo:

—Damas y caballeros, es para mí un gran honor ofrecerles un baile que me legaron mis antepasados.

—La danza de la falda escocesa —susurró mamá, maravillada.

—La danza de la falda escocesa —susurré yo, aterrado.

Los ojos de papá se abrieron de par en par, chispeantes, espoleados por un recuerdo lejano. Se bajó de un salto del escenario y aterrizó en el suelo del salón con un ruido sordo.

Todo el mundo lo observaba en silencio cuando alzó las manos en el aire y soltó un bramido ensordecedor.

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE, DEJEMOS QUE EL VIENTO LA LLEVE!

Dicho esto, se arrancó la camisa —dejando su pecho al aire, cubierto por tanto pelo rojo como sus piernas— y se la lanzó a mi madre. Ella la atrapó al vuelo y se la llevó con orgullo al corazón.

—¡La repanocha!

Papá se puso a dar saltos por el salón, moviendo las piernas como un muñeco de cuerda desquiciado. Su falda ondeaba en el aire mientras él saltaba de una mesa a otra, asegurándose de que todo el mundo disfrutara de una visión clara de sus peludas piernas. Me sacaba de quicio que no se subiera los calcetines.

Papá siguió correteando de un lado a otro, golpeándose el pecho mientras bailaba y animando a todo el mundo a que se uniera a su danza. Nadie lo hizo. Y no los culpo.



¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

Las piernas de papá se entusiasmaban cada vez más. Las descargaba con fuerza, dando zapatazos, y me temo que llevó su baile demasiado cerca de la mesa que ocupaban las ancianas del asilo. Se golpeaba el pecho con todas sus fuerzas.

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

El baile alcanzó su momento álgido cuando papá, jadeante y empapado en sudor, regresó de un salto al escenario para hacer su número final: el volteo de la falda. Papá se puso a girar sobre sí mismo, cada vez más deprisa. Giró una y otra vez como una peonza.

La falda empezó a elevarse por encima de sus rodillas.

Yo me levanté de un salto.

—¡Noooooooooooo!

Papá giró todavía más rápido.

La falda se elevó más arriba.

Grité con más fuerza.

—¡NOOOOOOOOOOO!

Papá dejó de girar justo a tiempo y la falda volvió a cubrirle las rodillas. Levantó las manos en alto y empezó a golpearse el pecho con poderío.

¡PAF!

No se oía ni una mosca.

El señor Stout acercó el índice al micrófono y le dio un golpecito.

—Buenooo... Esto ha sido muy... interesante... Gracias, señor McHagil. Le doy dos puntos extra, lo cual coloca su mesa en cabeza.

Mi madre se levantó y gritó bien alto:

—¡La repanocha!

Yo estaba tan acalorado por la vergüenza que el cardo escocés que llevaba en el bolsillo se marchitó, como mi buen humor.

No fue la repanocha.



Una cosa fue lo ocurrido la noche del concurso de preguntas y respuestas, y otra muy distinta lo que tuve que soportar en la fiesta de cumpleaños de Victoria del Real.

Llegamos pronto, como siempre, y llamamos a la puerta de los Del Real.

¡Ptu!

Mamá escupió en su mano y me hizo el tajo del escupitajo.

Papá me dio una palmadita en el hombro, muy orgulloso.

—Me alegro de que tengas amigos, Harold. A tu edad, lo único que tenía yo eran un par de ciervos de las Tierras Altas y a mi prima tercera, Lachie.

No me sorprendió lo que me dijo: papá siempre estaba recordando momentos de su extraña educación en las Tierras Altas.

El señor Del Real abrió la puerta.

—Buenas tardes, familia McHagil. Llegáis un poco temprano, pero, por favor, entrad.

El señor Del Real nos acompañó al salón. David Amador ya estaba sentado en uno de los sofás, hurgándose la nariz con una mano y tratando de aplastarse los rizos de la cabeza con la otra. No me sorprendió pillarlo con el dedo metido en la nariz. Ni tampoco que estuviera allí tan pronto. Todo el mundo sabía que estaba colgado de Victoria.

—Acomódense. Como si estuvieran en su casa —dijo el señor Del Real—. Tengo que acabar de peinarme. Enseguida estaré con ustedes.

Mamá se adelantó un paso.

—Permítame —dijo.

¡Ptu!

En un abrir y cerrar de ojos, mamá le hizo el tajo del escupitajo al señor Del Real. El hombre no sabía qué lo había golpeado. Mi madre sí.

—¡Su pelo ahora es la repanocha!

—Mmm..., gracias —tartamudeó el señor Del Real, con cara de circunstancias mientras se alejaba pasillo abajo.

Me tapé la cara con ambas manos y recé para que el resto de la fiesta fuera mejor.

No lo fue.

A mi madre le pareció adecuado llevar algo de comida a la fiesta. Era un gesto bonito, salvo por el detalle de que decidió hacer una receta típica escocesa parecida a las albóndigas: tenían un aspecto apetitoso, pero en su interior se ocultaba un sabor repulsivo.

En cuanto empezaron a llegar los otros invitados, mi madre retiró el papel de aluminio con el que había envuelto la bandeja. Era una ofrenda sacrificial. Mi reputación iba camino del matadero.

Un grupito de niños parientes de Victoria y conocidos con el apodo de la Brigada de los Peques enseguida se fijó en la bandeja de comida. Si es que podía llamarse comida.

—¡Ñam!

«¡Puaj!», pensé. Había crecido con las albóndigas de vísceras que preparaba mamá, así que me preocupaban los sensibles estómagos de la Brigada de los Peques.

No tardé en descubrir que mis temores estaban justificados.

Al cabo de una media hora, todos los miembros de la Brigada de los Peques se revolcaban por el suelo agarrándose el estómago. Un horrible gorjeo retumbaba en la casa de los Del Real.

Victoria, a la que David no dejaba ni a sol ni a sombra, creyó que era él el responsable de ese ruido sordo.

—Disculpa la grosería, David, pero quizá deberías ir al baño.

—No soy yo —replicó David, y señaló a la Brigada de los Peques—. ¡Mira!

Unos gritos y aullidos resonaron en el aire cuando las madres y los padres corrieron desesperados a socorrer a sus hijos, que seguían aferrados a sus estómagos. Los pequeños ya no aguantaron más y unos chorros de vómito salieron disparados de sus bocas.

Los mayores apenas podían contener las náuseas.

La Brigada de los Peques vomitaba y vomitaba.

—Pero ¡¿qué han comido?! —gritó la señora Del Real.

Mi madre se aseguró de que nadie la estuviera observando y rápidamente se metió en el bolso la bandeja con las albóndigas que quedaban.

—Esta gente no sabe apreciar las exquisiteces —musitó por lo bajo.

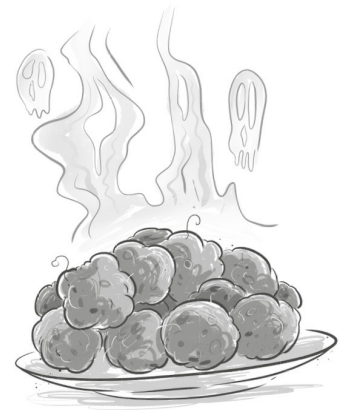
Papá le pidió a todo el mundo que se fuera calmando.

—Permitidme que os enseñe una técnica de relajación que ya empleaban mis antepasados.

Tragué saliva. Sabía muy bien lo que iba a pasar a continuación.

La técnica de las cosquillas en los dedos de los pies típica de las Tierras Altas.

Y entonces decidí que ya tenía bastante. No podía seguir permitiendo que se me asociara públicamente con mis padres.



Fui directo a la puerta de la casa de los Del Real y caminé y caminé hasta llegar a la mía.



Me eché en la cama y me puse los auriculares. Era la mejor manera de no oír a mi padre llamando a la puerta cerrada de mi habitación. No estaba de humor para explicar por qué me había marchado de la fiesta tan temprano.

Tenía que encontrar una solución a mis problemas parentales y la busqué en el único sitio conocido por resolver ese tipo de cuestiones: internet.

Tecléé «padres bochornosos» en mi móvil y abrí el primer enlace.

¿Tus padres te avergüenzan? ¿Tu madre te deja restos de pintalabios en la mejilla? ¿La forma en que tu padre se comporta en público te resulta bochornosa? ¿Estás harto de sentirte humillado en su presencia? Si has contestado «sí» a cualquiera de estas preguntas, entonces ¡**PadresDeAlquiler** es tu app!

Era como si quien había redactado la descripción para la aplicación me hubiera leído la mente. Me la descargué y me leí las instrucciones. Lo único que tenía que hacer era echarle un vistazo a la lista de padres y contratar a unos para mi próxima aparición en público. Era sencillo. Y, teniendo en cuenta que mi siguiente evento era la cena del cincuenta aniversario de la Escuela del Valle Azul, no podría haberlo hecho en mejor momento.

No me costó demasiado encontrar a mis padres ideales.

¡Presentación del señor Sunset!

Empleo: millonario gracias al sudor de su frente.

Intereses: montar en moto acuática, jugar al póquer, viajar, hacer *fitness*, teatro.

Cita: «¿Alguna vez has dado un paseo en un Ferrari? Conmigo serás la envidia de tus amigos».

¡Presentación de la señora Sunset!

Empleo: inversora inmobiliaria, modelo.

Intereses: hacer *fitness*, moda femenina, viajar, diseño de interiores.

Cita: «Con mi aspecto de alucine, nuestra experiencia será de cine».

Los comentarios sobre el señor y la señora Sunset confirmaron el flechazo que había sentido al encontrarlos.

TíoÁguila: ¡La mejor noche de mi vida! Conduje un coche de carreras. ¡Incluso me eché novia!

Sabrina555: ¡Oh, Dios mío! Hazte un favor a ti mismo/a y contrata a estos padres. ¡Son de ensueño! 😊😊😊

Guitarra_colega5: ¡El señor y la señora Sunset son geniales! Volveré a contratarlos para mi próximo

acontecimiento público.

ChicaOlivia99: ¡LOS MEJORES! ¡OJALÁ PUDIERA VIVIR CON ELLOS PARA SIEMPRE!

No cabía duda de lo que tenía que hacer. Mandé al señor y la señora Sunset una petición para que me acompañaran a la cena del cincuenta aniversario de la Escuela del Valle Azul.

Casi grité de alegría cuando me respondieron prácticamente al momento diciéndome que estaban disponibles para ese acto.

Convencer a mis auténticos padres de que la cena del cincuenta aniversario se había cancelado no fue tarea fácil, sobre todo teniendo en cuenta que ya habían volado más de un centenar de las invitaciones. Tenía que asegurarme de que se mantuvieran tan lejos como fuera posible. Les dije que la celebración no había despertado el suficiente interés como para seguir adelante con los preparativos.

—Vaya, qué lástima —suspiró papá, aunque el brillo que vi en su mirada me dijo que no estaba nada decepcionado.

—Bueno —dijo mamá con tono resolutivo—, al menos así no tendrás que preocuparte de que tu valioso legado te haga pasar vergüenza.

Papá la miró con gesto cómplice.

—No hay motivo para enfadarse con Harold: no es más que el mensajero de las malas noticias.

—Sí, supongo que tienes razón. —dijo mamá tras relajarse. Una sonrisa taimada se dibujó en sus labios—. Harold, ¿por qué no vas al cine la noche de la cena? Es importante que pases tiempo con tus amigos... La familia no lo es todo.

—Creo que lo haré —respondí, muy animado.

No podía creer la suerte que había tenido. Mis padres no solo se habían tragado mi excusa, sino que además me habían facilitado una coartada para acudir a la cena con el señor y la señora Sunset.

Regresé a mi habitación casi temblando de emoción. Les mandé un mensaje de confirmación al señor y la señora Sunset y les transferí el dinero de mi cuenta bancaria. Ascendía a casi seis semanas de paga, pero merecía la pena: ¡no tendría que preocuparme de que nadie me avergonzara! La confirmación de los Sunset llegó enseguida. Todo iba bien.

Los padres más guais del planeta iban a asistir al cincuenta aniversario de la Escuela del Valle Azul. Y lo mejor era que, esa noche, yo iba a ser su hijo.



Conocer al señor y la señora Sunset fue como conocer a una pareja de superestrellas de Hollywood. Solo que mejor.

Para no levantar las sospechas de mis padres, les pedí que me recogieran en la parada de autobús que estaba a un par de calles de casa. Casi no pude contener la emoción cuando vi que un Ferrari rojo con la capota bajada y un motor atronador aparcaba junto al bordillo.



El señor Sunset llevaba un traje negro y unas gafas de sol. Se había peinado el cabello hacia atrás y se lo había fijado con un producto que, por supuesto, no tenía nada que ver con los escupitajos pegajosos de mamá. Su esposa se había puesto un delicado vestido rojo que realzaba su figura de modelo, y su impecable melena rubia parecía salida de un anuncio de champú.

—No te quedes ahí mirando, Harold —dijo el señor Sunset—. Vamos, sube.

Sus dientes eran tan blancos que casi me ciegan.

Me subí a la parte trasera del Ferrari y traté de asimilarlo todo. Dos de los humanos más atractivos que había visto nunca estaban sentados delante de mí. El suave asiento de piel del Ferrari era más cómodo que el mejor de nuestros sofás. El ronroneo del motor atrajo las miradas envidiosas de un grupo de adolescentes. La noche empezaba a animarse.

Los señores Sunset se volvieron y me guiñaron los ojos azules.

—Harold, cariño, vamos a compartir una noche divina.

Me quedé sin habla.

Mi madre temporal me tendió una botella fría de refresco.

—Para el camino, cielo.

El motor rugió cuando el señor Sunset pisó el embrague. Luego subió la música y me dijo:

—Puedes cambiar de emisora, si lo deseas, Harold. ¡Siéntete como en casa!

Salimos a toda velocidad y yo abrí la botella de refresco. Todo era perfecto.

—Supongo que no podría poner el fútbol en la radio, ¿verdad? —me atreví a preguntar.

—¡Por supuesto que sí! —respondió el señor Sunset, y pisó aún más el acelerador—. Disfruta del paseo: ¡iremos por el trayecto más largo!

La señora Sunset insistió en que nos detuviéramos en una tienda de ropa muy cara de camino a la escuela. Me hizo probar todo tipo de ropa estilosa y al final me compró un nuevo traje para esa noche: una falda escocesa y una camisa.

—Estás estupendo, Harold —dijo—. En cuanto he oído ese leve acento que tienes, he sabido que teníamos que sacar partido de esa maravillosa cultura escocesa tuya.

No lo veía muy claro.

—Pero las faldas escocesas no molan nada —repliqué.

La señora Sunset no opinaba lo mismo.

—Acabo de estar en un desfile de moda en París y ¡las faldas escocesas son lo último!

Llegamos a la Escuela del Valle Azul «los minutos tarde que marca la etiqueta», como dijo la señora Sunset.

—Así —prosiguió— todo el mundo te verá llegar como la estrella que eres.

La multitud reunida delante de la puerta de la escuela se quedó en silencio cuando apareció el Ferrari rojo. Todos alargaban el cuello, tratando de descubrir quién iba dentro.

—Sonríe y saluda, Harold —me indicó la señora Sunset.

—Disfruta, muchacho —añadió el señor Sunset.

Todos nos miraban con los ojos como platos cuando nos apeamos del coche y nos acercamos a la puerta de la escuela. Incluso el señor Chinchón parecía impresionado. Probablemente le sorprendía que un evento escolar pudiera atraer a grandes celebridades.

A juzgar por las exclamaciones y los comentarios por lo bajo de la multitud que esperaba delante de la escuela, los consejos de moda de la señora Sunset habían dado en el clavo.

—¿Ese es Harold?

—¡No me había dado cuenta de que era tan estiloso!

—Fijaos en la camisa que lleva.

—Y mirad la falda. ¡Qué alucine!

—Creo que me he enamorado.

—¡Harold mola!

Por un momento, me pareció oír la voz de papá, pero no podría asegurarlo.

El señor y la señora Sunset caminaban junto a mí, uno a cada lado, sonriendo ante las cámaras mientras nos acercábamos a la puerta de la escuela.

El salón estaba lleno a reventar, pero conseguimos encontrar tres asientos en una mesa situada

en el fondo de la sala.

El señor Chinchón se subió al escenario y golpeó el micrófono con el dedo.

—Bienvenidos a la cena del cincuenta aniversario de la Escuela del Valle Azul.

—Se diría que él lleva aquí todo este medio siglo —susurró el señor Sunset.

Me esforcé para no reírme demasiado fuerte.

—Es fantástico que hoy haya venido tanta gente —prosiguió el señor Chinchón. Pareció que iba a esbozar una sonrisa mientras contemplaba a la multitud. Le echó un vistazo a nuestra mesa y la señora Sunset le guiñó un ojo: las mejillas de nuestro director se pusieron más rojas que el Ferrari. Estaba acostumbrado a ver que se sonrojaba, pero por razones distintas.

La señora Sunset me sonrió, consciente de que le había sacado los colores al director.

El señor Chinchón volvió a agradecerle a todo el mundo que estuviera presente y anunció que iba a servirse el primer plato. Luego abandonó el escenario por la parte lateral y regañó a un grupito de alumnos de los primeros cursos que estaban fisgoneando en la mesa de las bebidas.

El entrante eran minipizzas gourmet, pero apenas pude comer: ¡estaba demasiado ocupado posando con todos los niños que querían hacerse selfis conmigo y mis padres!

—¿No os parece divino nuestro Harold? —decía la señora Sunset poniendo morritos para una de las fotos.

—¡Este es nuestro chico! —exclamó el señor Sunset, mientras mostraba sus dientes deslumbrantes a la cámara.

Por un momento, me pareció ver a mi madre en el fondo del salón, pero no podría asegurarlo.

Había más gente sentada a nuestra mesa (la mayoría alumnos de la Escuela del Valle Azul con sus padres) y todos acabaron muertos de risa con las desternillantes historias que contaba el señor Sunset. Él se reía mientras les hablaba de los emocionantes tratos comerciales internacionales que había hecho y de la ocasión en que, en Tokio, y sin pretenderlo, ofendió a un banquero japonés al monopolizar el micrófono en un karaoke. Los encandiló cuando les sirvió los espaguetis del primer plato y cuando les enseñó a atraparlos con el tenedor con un sencillo gesto de muñeca. Uno de los padres que estaban sentados a la mesa acabó con los espaguetis enrollados en el codo y le arrancó una carcajada al señor Sunset.

Aunque yo también me reía, no pude sino echar de menos las historias de las Tierras Altas que mi padre contaba. Aun así, prefería eso a pasar vergüenza.

La señora Sunset se inclinó hacia mí y me revolvió el pelo con la mano.

—Te queda bien este aspecto desenfadado, cariño —dijo—. Conozco a un montón de modelos jóvenes que matarían por tener tus cabellos.

A mí también me gustaba mi nuevo *look*, pero la señora Sunset no era cariñosa como mamá. Tuve que recordarme a mí mismo que eso era preferible a sufrir el tajo del escupitajo.

En cuanto nos retiraron el entrante, los invitados apartamos las mesas del centro de la sala: habría un baile amenizado con las canciones más exitosas de los últimos cincuenta años.

La música empezó a sonar, y el señor y la señora Sunset comenzaron a moverse por la pista como peces en el agua. Bailaban con movimientos fluidos, despertando la admiración de todos los presentes, que no paraban de hacerles fotos.

Es difícil describir cómo me sentía. No estaba abochornado, pero tampoco feliz. Era como si mis padres de alquiler formaran parte de un extraño *reality show*. Yo también me incorporé a la pista de baile, pero sin demasiado entusiasmo.

En cambio, sí me entusiasmé al ver a mis padres auténticos moviéndose al son de la música en la otra punta del salón. ¡Y lo peor de todo era que bailaban con otro niño!



No podía creer lo que veían mis ojos. Mi padre y mi madre se estaban marcando unos pasos con otro niño. Pero ¿quién era ese? ¿Por qué bailaba con ellos? Y ¿por qué estaban en la cena de la escuela?

Me oculté detrás del señor y de la señora Sunset y los estuve observando de lejos. Y entonces me fijé en algo con lo que casi se me para el corazón: ¡ese otro niño llevaba mi ropa! Incluso parecía que mi madre le había hecho el tajo del escupitajo en el pelo. Mamá se inclinó hacia él y le metió un enorme cardo escocés en el bolsillo. Yo estaba anonadado.

La señora Sunset debió de verme la cara.

—¿Te encuentras bien, cariño? —me preguntó.

Asentí con la cabeza, pero no, no me encontraba nada bien.

El muchacho empezó a dar sus pasos de baile. Era bueno. Tan bueno que algunos de los invitados comenzaron a apiñarse a su alrededor.

El señor Sunset me sorprendió mirando al chico.

—Es bastante bueno, Harold.

No era solo bastante bueno. Era más que bueno.

—Me resulta familiar —dijo la señora Sunset, que también se había fijado en ese fenómeno del baile.

El chico se había dejado llevar tanto por sus movimientos que no se percató de que la música había dejado de sonar. Ni tampoco de que todo el mundo lo estaba mirando.

Mamá y papá parecían satisfechos con él. Le sonreían y miraban a los presentes con orgullo. Mamá señaló al muchacho y se llevó la mano al corazón. Papá chocó los cinco con él y le regaló una sonrisa de oreja a oreja.

La cabeza me daba vueltas. Mamá y papá habían adoptado a un hijo desconocido. Lo querían. A él lo querían y a mí no. Su hijo era yo. Era yo quien debería haber bailado con ellos.

La sangre palpitaba por mi cuerpo con más fuerza que nunca. Tenía que hacer algo. Tenía que captar la atención de mis seres queridos y solo se me ocurrió un modo de conseguirlo.

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE, DEJEMOS QUE EL VIENTO LA LLEVE!

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

Me arranqué mi camisa de marca y me planté de un salto en el centro de la pista de baile, mientras gritaba a todo pulmón:

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

Me golpeé el pecho con todas mis fuerzas.

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

El señor y la señora Sunset se encogieron de hombros y se me quedaron mirando. Debían de preguntarse quién los había contratado esa noche.

Me puse a dar saltos por la sala, animando a los demás a que bailaran conmigo.

No lo hicieron.

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

No paraba de gritar por todo el salón, golpeándome el pecho como un poseso. Mi falda escocesa ondeaba, mientras yo correteaba. Me sentía tan libre como un ciervo de las montañas.

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf, paf, paf!

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

Al final, me detuve, jadeante, delante de mis auténticos padres.

—Papá —dije—, el siguiente paso es para ti.

Y empecé a girar como un loco. Sentía que la falda se levantaba por encima de mis rodillas.

—¡FALDA DE FUEGO, FALDA DE NIEVE!

Giré cada vez más deprisa, como un tornado escocés.

La falda se elevó todavía más. Sentía el aire en mis muslos.

Alguien gritó:



—¡Detenedlo ahora mismo!

Giré aún más deprisa.

La falda siguió levantándose. No recordaba si me había puesto calzoncillos, pero me traía sin cuidado. Giré tan deprisa como pude.

El señor Chinchón se hartó.

—¡Detén esta locura ahora mismo, Harold!

Dejé de girar y me desplomé en el suelo.

—Bien hecho —dijo el señor Sunset, y le dio al señor Chinchón una palmadita en el hombro—. Lo ha detenido justo a tiempo.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —rugió el señor Chinchón. Su voz resonó por toda la sala.

Levanté la mirada hacia el director.

—No..., no estoy seguro.

La señora Sunset se me acercó a toda prisa y me ayudó a levantarme del suelo.

—¿Estás bien, cariño?

Mi padre se rascó la cabeza.

—¿Cariño? ¿Quién es esta mujer, Harold?

—Esta mujer es mi esposa —dijo el señor Sunset—. Y él es nuestro hijo —añadió, señalándome.

—¿Es eso cierto, Harold? —El dolor que vi en los ojos de mi padre me puso el estómago del revés—. Dime quiénes son, hijo.

—Puedo explicarlo —repuse—. El señor y la señora Sunset son mis padres de alquiler para esta noche.

—¿Padres de alquiler? —repitió papá. Parecía más dolido, si cabía.

—Mamá y tú siempre me avergonzáis en público —admití—. Quería asistir a la cena con... padres guais. —Y alargué la mano hacia el señor y la señora Sunset.

El muchacho que había estado bailando con mis padres se adelantó unos pasos. Reconoció al señor y la señora Sunset.

—¿Mamá...? ¿Papá...?

—¡Oliver! —exclamó la señora Sunset—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy con ellos —respondió, señalando a mis padres, que bajaron la mirada hacia el suelo, avergonzados.

—¿Quiénes son? —quiso saber el señor Sunset.

—Me han contratado para que sea su hijo esta noche —aclaró Oliver—. Desde que empezasteis a trabajar para PadresDeAlquiler, quería hacer lo mismo. Pero claro, yo no soy padre, así que me puse a trabajar para HijosGuais. Esta noche he venido con el señor y la señora McHagil.

Ahora era yo el dolido.

—¿Es eso cierto?

—Sí, hijo, es cierto —admitió mamá—. Puede que seamos mayores, pero no somos tontos. Sabemos que no te gusta estar en público con nosotros. Contratamos a Oliver para esta noche con la intención de divertirnos sin tener miedo a avergonzarte. Creíamos que estarías en el cine con algún amigo.

Hubo unos momentos de silencio.

—Mamá, papá, yo os quiero —dije.

—Y nosotros también te queremos a ti —repusieron ellos mientras me abrazaban.

—Mamá, papá, yo os quiero —dijo Oliver, envolviendo en un abrazo al señor y la señora Sunset.

—Y nosotros también te queremos a ti —dijeron ellos.

—Bueno —intervino el señor Chinchón—, creo que ya ha habido bastante amor por una noche. Ya es hora de que todos nos vayamos a casa.

—Harold —dijo papá, mientras cruzábamos con tranquilidad la puerta del salón—, ha sido un baile de la falda magnífico. Magnífico, sí, señor.

Le sonreí y dije algo que llevaba mucho tiempo esperando decir.

—¡Ha sido la repanocha!

EL PRIMER DÍA TOCA A SU FIN

Victoria del Real no pudo contener la risa.

—Me acuerdo muy bien de aquella noche, Harold. No comprendí a qué venía tanto alboroto.

Le tendió la taza vacía al profesor Flípez.

—Yo también recuerdo aquella noche —dijo David Amador, mientras miraba fijamente a Victoria, cegado de amor.

Harold recordaba esa noche mejor que nadie. Y tampoco olvidaba que Max había asegurado que la app era invento suyo.

—La aplicación PadresDeAlquiler ya existe —dijo Harold—. Así fue como la conocí.

La expresión de Max era una mezcla de vergüenza y rabia.

—Pues vale.

El profesor Flípez se dio una palmada en el muslo y sonrió de oreja a oreja.

—Harold, me has dejado completamente asombrado con tu magnífica historia. Extraordinaria.

Harold levantó la mirada hacia su profesor y luego contempló los rostros atentos de sus compañeros.

—Pensáis que soy un mal hijo, ¿verdad?

—Yo habría hecho exactamente lo mismo —aseguró el profesor Flípez.

—¿Habría contratado a otros padres?

—No, habría representado el baile de la falda escocesa.

—¡Ja! —repuso Harold, complacido—. Seguro que no habría sabido usted qué hacer.

Los brillantes ojos verdes del profesor Flípez miraron al infinito, como si buscaran entre los recuerdos.

—En realidad, Harold, habría sabido exactamente qué hacer. Me pasé muchos meses perfeccionando el baile de la falda escocesa cuando viajé por Escocia. La verdad es que tenéis una herencia cultural realmente valiosa.

A Harold se le llenó el pecho de orgullo y de gozo. Era una sensación a la que no estaba acostumbrado. Era una sensación que su profesor había planeado desde el principio.

—Profesor Flípez —dijo Myra Kumar con cierto descaro—, ¿podría hacernos una

demostración del baile de la falda?

—¡Vamos! —se atrevió a decir Max—. Haga la danza de la falda.

—¡En mi escuela no habrá más bailes de la falda! —Era el señor Chinchón, que escuchaba a hurtadillas desde la puerta.

—Ah, querido director, ¿no quiere unirse a nosotros durante los últimos minutos de la jornada? —le preguntó el profesor Flípez—. Ha estado usted entrando y saliendo toda la tarde: lo invitamos a quedarse y tomar un poco de este refrescante té del Himalaya.

El bigote del señor Chinchón se puso a temblar, como si fuera a entrar en erupción.

—No pienso hacer tal cosa, Flípez. No sé a qué juega usted, pero no estoy nada satisfecho con lo que le he visto hacer hoy. Quiero verlo en mi despacho en cuanto haya sonado el timbre.

—Estaré encantado —dijo el profesor Flípez.

—Eso ya lo veremos —replicó el señor Chinchón.

Max se rio por lo bajo y musitó:

—Ya iba siendo hora de que alguien lo pusiera en su sitio.

A pesar del comentario, Max había tenido un día bastante bueno. La intriga lo había consumido y había disfrutado de la sensación. El caso es que no sabía si aceptar por completo a su nuevo profesor o llevar su actitud rebelde al siguiente nivel.

—Señor Chinchón —intervino Harold—, ¿me permite decir una cosa?

—Si es preciso...

—Quería darle las gracias por contratar a profesores excelentes. Hoy he pasado un día fantástico.

—Yo también —coincidió Paloma Modesto—. El profesor Flípez me entiende.

—Y a mí —dijo Victoria del Real—. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien en clase.

El bigote del señor Chinchón tembló con más violencia.

—¡Lo importante no es divertirse! Esta escuela está para enseñar.

—Y hoy hemos aprendido un montón —aseguró Victoria—. Hemos aprendido cómo diseñar pegatinas y cómo aportar ideas para nuevas aplicaciones.

—Hasta hoy no había entendido lo importante que es dejar volar la imaginación y compartir nuestras ideas con los demás —dijo Charo Rojas.

—Dejar volar la imaginación no es aprender, jovencita. ¡Y más os valdría mantener la boca cerrada! —soltó el director.

Charo bajó la mirada.

—Nos vemos en mi despacho, Flípez: ¡no se olvide! —ladró el señor Chinchón mientras salía por la puerta.

—Nos vemos enseguida, querido señor director.

Al cabo de un instante, Victoria, a la que le encantaba estudiar, hizo una pregunta que le valió

una mirada asesina de Max.



—Profesor Flípez, ¿tenemos deberes para mañana?

El profesor Flípez se tomó un segundo para pensarlo y dijo:

—Victoria, me parece una espléndida idea. Como deberes, quiero que todos penséis en algún uso ridículo para la bicicleta. Podéis ser tan creativos como queráis.

—¿Eso es todo? —preguntó Carlos Panocha.

—Eso es todo.

—Geniaaal.

El timbre sonó con ímpetu y los quince alumnos se levantaron para irse.

Max, que había decidido llevar su actitud rebelde al siguiente nivel, se encaminó hacia el frente del aula y se detuvo a pocos pasos del profesor Flípez.

—Que disfrute de su charla con el señor Chinchón —dijo—. Estoy seguro de que será la última.

Mientras tentaba la suerte, Max tuvo la sensación de que al profesor Flípez le quedaban aún algunos ases en la manga. Estaba impaciente por ver cómo manejaría la situación su nuevo profesor.

—Estoy seguro de que disfrutaré de la charla —repuso el profesor Flípez. Luego chasqueó los dedos y su monociclo abandonó por sí solo el rincón donde estaba aparcado y fue directo a su mano.

Con el primer día en la Escuela del Valle Azul a sus espaldas, el profesor Flípez se volvió a meter la sartén en uno de los bolsillos de la chaqueta y se montó en el monociclo.

—Espero veros mañana por la mañana —dijo.

—Hasta mañana —respondió un coro de voces titubeantes.

Los estudiantes del aula 12B ya se habían encariñado con su nuevo profesor, pero las amenazas del señor Chinchón resonaban en sus oídos con más insistencia que el timbre de la escuela. Si conocían aunque solo fuera un poco a su director (y lo conocían muy bien), era muy probable que no volvieran a ver al profesor Flípez.

QUINCE USOS RIDÍCULOS PARA UNA BICICLETA

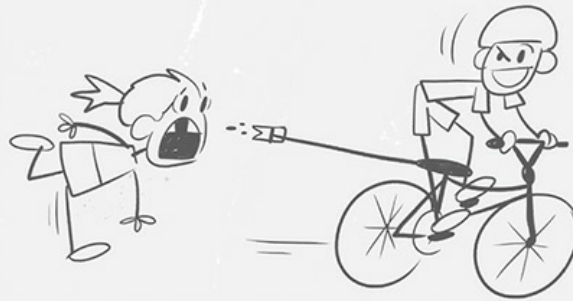
1. Sácale las ruedas y úsalas como pendientes.
2. Mete la rueda trasera dentro de un enorme contenedor de leche, pedalea tan deprisa como puedas, bate la leche hasta que se convierta en nata, coloca un montón sobre una magdalena gigante, cómete la magdalena gigante y caga la magdalena gigante.
3. Sustituye los adornos de plástico de los radios por adornos metálicos. Pega pólvora en el extremo de cada radio y escucha las explosiones mientras te paseas por el barrio.
4. Ata siete u ocho cuchillos afilados a la rueda trasera y corta el césped.

5. Coloca un motor de ocho cilindros al cuadro de la bici y únete a la pandilla del barrio.



6. Vende la bici y cómprate un centenar de donuts de caramelo.

7. Ata un extremo de un cordel al diente que está a punto de caérsele a tu hermana. Ata el otro extremo al manillar de la bici. Pedalea con todas tus fuerzas y espera a que venga el Ratoncito Pérez.



8. Funde toda la bici y conviértela en una casa diminuta.

9. Córtala por la mitad y sé el orgulloso dueño de dos monociclos.

10. Sujeta una escoba mientras pedaleas y haz torneos medievales con tus amigos.
11. Desmonta la bicicleta en todas sus piezas. Dile a tu padre que tienes un rompecabezas tridimensional para él.
12. Levanta la bici para que se apoye en la rueda trasera y deja caer la delantera encima de un pastel de nata. ¡Para desternillarse!
13. Recorre en bicicleta el país de punta a punta para recaudar dinero para... ¡ti! Los trabajos de oficina son un peñazo.
14. Ve en bicicleta hasta la casa de ~~Victoria~~ el amor de tu vida y entrégale cartas de amor.
15. Monta en bicicleta a diario hasta que los músculos de tus piernas sean tan gordos como el tronco de un árbol. Conviértete en un árbol.



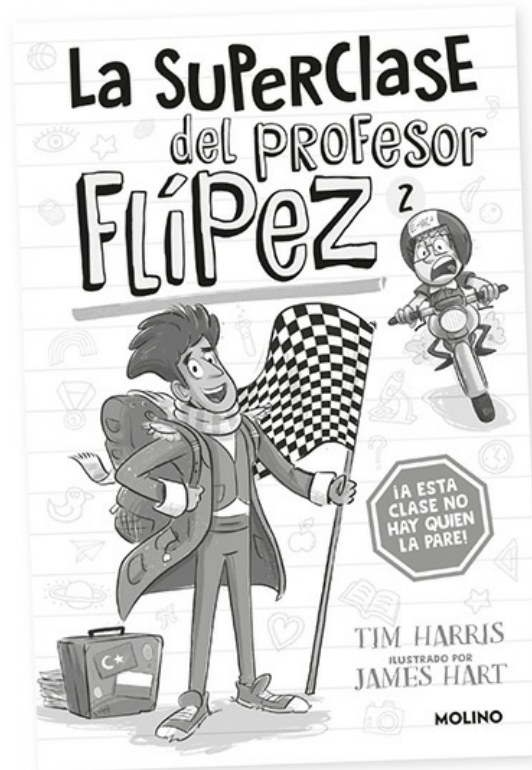
**NO PUEDO CREER QUE EL SEÑOR CHINCHÓN
QUIERA ECHAR AL PROFESOR FLÍPEZ.**
Ojalá no lo eche.

¿QUIÉN NOS PREPARARÁ EL DESAYUNO AHORA?

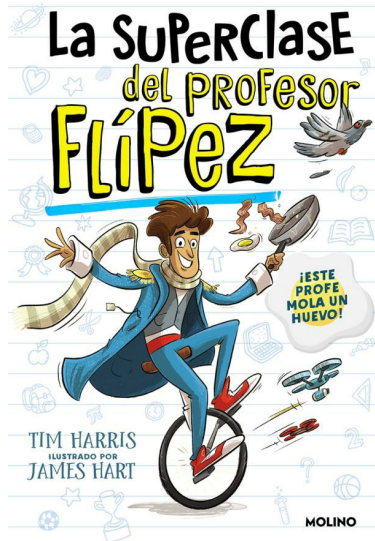
¡Chist! Oigo pasos...

¿HA VUELTO EL PROFESOR FLÍPEZ?

**¿REGRESARÁ EL PROFESOR FLÍPEZ?
DESCÚBRELO EN...**



**No te pierdas las aventuras del profe de primaria más imaginativo.
Llega cargado de risas, aventuras ¡y muchas diversión!**



El profesor Flípez ha sido el primero en prepararnos el desayuno.
¿Es su escarabajo deslumbrante tan peligroso como dice?
He escuchado que bebió leche de yak en Mongolia.
Es la única persona a la que no le da miedo la cocinera Carolina.
Mi madre dice que antes trabajaba en el circo.

La clase 12B tiene un nuevo profesor, y ya nada volverá a ser como antes...

Tim Harris es un autor *best seller* de libros infantiles. Fue profesor de primaria durante quince años, y su característico sentido del humor le ha valido varios premios. Además, es el creador del canal de YouTube PRIMARY WRITERS, donde enseña a escribir a jóvenes. Tim vive en Sídney con su mujer y sus cuatro hijos.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Mr Bambuckle's Remarkables*

Primera edición: septiembre de 2023

Publicado originalmente por Random House Australia en 2017

© 2017, Tim Harris, por el texto

© 2017, James Hart, por las ilustraciones

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2023, Mireia Rué Gòrriz, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la portada original por Compañía

Ilustración de portada: © James Hart

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-3578-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: penguinkidsEs

Twitter: @penguinkidsEs

Instagram: @penguinkidsEs

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

La superclase del profesor Flípez

Primeras impresiones

La lavadora del demonio. La historia de Paloma Modesto

Valentía y sopa

Chocolate y lluvia de ideas

¡Visto y no visto!

Padres de alquiler. La historia de Harold McHagil

El primer día toca a su fin

Sobre este libro

Sobre Tim Harris

Créditos